

WILSON IZQUIERDO GONZÁLEZ



**LA CASA DE MI
ABUELA**

LA CASA DE MI ABUELA

*Otro libro de narraciones de don **Wilson Izquierdo González** que es bienvenido a incrementar nuestra Biblioteca Virtual Cajamarca.*

Agradecemos y aplaudimos la generosidad de este connotado escritor cajamarquino y nos sentimos satisfechos de ver que día a día se engrandece esta biblioteca virtual de Cajamarca con libros de calidad con el único objetivo de fomentar la lectura en los hogares de habla hispana.

Cajamarca, 25 de noviembre de 2013

Juan C. Paredes Azañero

“La casa de mi abuela”

Wilson Izquierdo González



Lluvia Editores

Cajamarca, Perú.

“La casa de mi abuela”

© Wilson Izquierdo González
Cajamarca, octubre de 2013
Email: wilizquierdogon@gmail.com



© Lluvia Editores, 2013
Av. Inca Garcilaso de la Vega 1976, Of. 501
Email: lluviaeditores@gmail.com

Fotografía de carátula:
“Jarrón” de Tania Izquierdo García

Qilqasqa Peru Ilaqtapi
Hecho e impreso en el Perú
Imprimè au Pèrou
Printed in Perú

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional
del Perú N° 2011-12336

DEDICATORIA

*A mis nietos más pequeñines:
Andrea, Piero e Issabella,
porque hice este libro,
precisamente,
pensando
en ellos y,
para ellos.*

El autor.

SUMARIO

01.- La casa de mi abuela	Pág. 011
02.- El sauco de los zorzales	Pág. 017
03.- La carachama llorona	Pág. 021
04.- El chulío de mi abuelo	Pág. 029
05.- El talalán de Samangay	Pág. 035
06.- El cazador de venados	Pág. 039
07.- Una parábola más	Pág. 047
08.- El cazador y el Puquial	Pág. 051
09.- Nueve puntos de sutura para Aramo	Pág. 057
10.- El chupo de Venancio	Pág. 063
11.- El Gato Melindroso	Pág. 073
12.- El Gallo Darío	Pág. 081
13.- Margarita la lombriz de tierra	Pág. 089
14.- La Cuy Clementina	Pág. 097
15.- Mi perro Goliat	Pág. 105
16.- El Ratón Verde	Pág. 111
17.- El eucalipto solitario	Pág. 115
18.- La Chilala suicida	Pág. 121
19.- Mi árbol de Capulí	Pág. 125
20.- Torocuro	Pág. 131

LA CASA DE MI ABUELA

Mi abuela, con quien viví hasta los doce años, se quedó viuda a los treinta y nueve, con ocho hijos, todos para terminar de criar. Su esposo, Demetrio González Díaz, murió a la edad de cuarenta y cinco años con neumonía, que en ese tiempo era una enfermedad incurable, dejándole a mi abuela como única herencia, además de sus ocho hijos, una casa en La Ochora y un trapiche con un terreno bastante grande a orillas del río Indoche.

Hasta donde recuerdo, mi pobre abuela se las tuvo que ingeniar muy bien, no sólo para mantener en buen estado la casa de La Ochora, que en realidad se trataba de dos casas y... grandes, sino también tuvo que vérselas, siendo mujer y viuda, con las chacras de caña de azúcar y del resto de sembríos de pan llevar que tenía junto al río, porque de allí se abastecía para la comida de sus ocho hijos, que complementaba con la venta

de la chancaca, el “ventisho” y el aguardiente de caña que producía en el trapiche, así como con el recojo y cosecha de los plátanos, del maíz, las yucas, el arroz y los frejoles que en la chacra se producían... casi de su cuenta.

Mi abuela se “recurseaba” dando pensión a los maestros forasteros que trabajaban en las escuelas de la Ochora, y que procedían de Moyobamba, de Rioja o de algún otro lugar. Para ese propósito, tenía una cocina amplia de techo de crisnejas con comedor incluido, provista de una mesa grande de madera de cedro masha —con dos bancas a cada lado de ella— que cubría siempre con un gran mantel blanquísimo y bordado a mano con rosales primorosos donde —sin poner los codos sobre ella— se acomodaban sus comensales para desayunar, almorzar y cenar.

Desde que pude sostener los platos de sopa caliente, mi abuela hacía que yo le ayude a servirlos en la mesa, por lo que recibía innumerables halagos de todos los profesores pensionistas, según decían, por ser un niño tan acomedido y responsable. En las mañanas y las tardes, ayudaba a mi abuela a alimentar a los chanchos que ella criaba en la enorme huerta que teníamos junto a la casa, así como a arrear las gallinas a su gallinero, una vez que comenzaba a venirse la noche. Antes de que la noche comience a clarear, es decir, a eso de las cinco y media de la madrugada, mi tarea era recoger los huevos que las gallinas ponían sin cacarear durante la noche, a diferencia de cuando lo hacían en el día, en el que por cada huevito hacían un escándalo de nunca acabar.

Todos los integrantes de la familia dormíamos en el segundo piso de la casa de teja, que mi abuela solía utilizar como almacén de las huayungas de frejol y de maíz, además de servir como dormitorio común de toda la familia. Las cuatro camas que allí había, eran enormes y se sostenían en catres de madera labrada con colchones de ceibo, que teníamos que solear de vez en cuando, para que el ceibo nuevamente se esponje y, sobre todo, para librarse de las pulgas y hasta de los chinches. En el primer piso, la casa de teja constaba de una enorme sala que era utilizada para algún banquete que mi abuelita preparaba a solicitud de algún cliente especial.

Junto a la casa de teja mi abuela tenía otra casa de techo de crinejas de palma. Esa casa servía para dar posada a los forasteros que llegaban a la Ochora y tenían que pernoctar allí por no haber podido regresar a sus tierras de origen el mismo día. A continuación de ella, estaba construida la cocina, que también era de techo de crinejas de palma, pero un poco más baja que aquella, por no tener terrado, que sí tenía la casa de huéspedes y que servía para almacenar el arroz en grandes pilas que los ratones, a falta de gato, nunca acababan de comer. Pero mi abuela siempre tenía un buen gato para esos menesteres.

En el techo de la cocina y en el techo de la casa de los huéspedes, mi abuela criaba palomas de castilla de plumajes de todos los colores habidos y por haber: blancas, oscuras, cenefas, azulinas, pardas y verdosas brillantes. Sus pichones nacían en nidales que estaban esparcidos por las cumbreras

del techo y, a veces, junto a las pilas de arroz. Ella controlaba el incremento sin fin de su población, preparando sabrosos tallarines de pichones y otros platos de comida por demás sabrosos, hasta que un día decidió su exterminación total, porque le habían dicho que traían mala suerte, lo que coincidió con el fallecimiento de su hija Yolanda en Tacna, a consecuencia de un sobre parto.

Mi abuela sí que sabía ganarse la vida. Y su casa, se prestaba para todos sus propósitos. Lo único que no pudo cuidar bien fueron sus chacras, que no estaban limpias de maleza como el de otra gente, que si tenían tiempo y fuerzas para hacer esas faenas. Muchas de las veces, mi abuela sólo “ahorcaba” a los plátanos para cosechar sus racimos, sin limpiar el terreno a su alrededor.

La casa de mi abuela era enorme y... acogedora. Allí nos hicimos grandes, sus ocho hijos y yo: su primer nieto, que ahora es quien escribe esta historia.

EL SAUCO DE LOS ZORZALES

Al frente de mi casa, allá en mi lejano Huacapampa Viejo, se levantaba un árbol enorme de sauco. Nadie podía dar fe, acerca de la mano generosa que lo había sembrado, pero allí se alzaba él, enhiesto y orgulloso, para cubrirse de flores blancas en una estación del año que nadie, por esas tierras, puede identificar, porque por allí solo hay un “tiempo de lluvias” en la que se siembran juntos el maíz, los frejoles y los chibches —para que crezcan sin pelear y sin quitarse el sustento— y otro “tiempo” que sirve para que los muchachos hagan volar sus cometas y los adultos hagan sus eras para cosechar el trigo y la cebada.

En esa parte del Perú, sólo el capulí hubiera podido competir con nuestro sauco, en eso de ofrecerle a la vida, sus frutos con tanta largueza y probidad. A más tardar en mayo, todas las ramas del sauco reverdecían hasta brillar con resplandores de

plata, para después cubrirse con un mantón blanco de flores nacaradas, formando ante nuestros ojos una visión como no podía haber otra igual. Luego, aparecían los racimos de frutos que, por su peso, doblaban las ramas hasta casi lograr que se quiebren. Primero eran verdes igualitos a los capulíes, luego adquirían el color morado oscuro de las uvas de los viñedos de la costa, que sólo existen en la imaginación de la gente de esas tierras.

Cuando esta belleza de la naturaleza hacía su aparición, había que ganarle la partida a los zorzales y los huanchacos que, tan pronto amanecía, se aglomeraban por parvadas a llenar sus hambrientos estómagos, con la sabrosa fruta que el sauco nos ofrendaba cada año. A mí me parecía, que el gran sauco sentía enorme complacencia cuando los zorzales saciaban su hambre, con lo que él les ofrecía tan pródiga y tan generosamente. Y, a pesar de que los zorzales hacían barrisuela con sus frutos, hasta donde recuerde, nunca faltó ese alimento ni para los zorzales ni para nosotros, los que habitábamos la casa. El sauco era tan prolífico que abastecía día tras día los bucheros de los pajaritos y las ollas de mi abuela, en la que ella nos preparaba la sabrosa mermelada, con la que untábamos el rico “pan de agua” o las ricas “tortas” de nuestro desayuno.

Cuando el sauco fructificaba, no había madrugada en la que un concierto paradisiaco de cantares de aves, no nos despertara del sueño pesado que nos dejaba el corretear por todos los zarzales y pampones que hay desde la Pampa del Pachamanco hasta el cerro de Huasminorco, y a veces, hasta

Guañambra. Había que ver con qué fortaleza, hacíamos esas correrías. Al parecer, el sauco que untábamos pródigamente en nuestros panes, o quizás la mashca, el sanguito, el caldo verde y todas las otras comidas que mi abuela preparaba, con tanta devoción, era lo que nos daba toda esa fuerza.

Después de muchos años cuando regresé a Huacapampa, movido por la nostalgia y los recuerdos más vívidos de mi niñez, fui a visitar la casa en la que me crié, pero más que todo, regresé por ver otra vez al enorme árbol de sauco que tuvimos cuando éramos niños y vivíamos allí... Quería ver a los zorzales comiendo por empuzadas los frutos que en racimos incontables nos brindaba. Era la época propicia —lo sabía muy bien— y lo único que me faltaba era llegar hasta allí y embelesarme con ese espectáculo que jamás pude olvidar.

El pueblo estaba igual a cómo fue en el tiempo en que viví allí. Parecía suspendido o más bien preso, en una vorágine del tiempo que sólo gira y circula sin avanzar hacia el futuro. Las casitas de dos pisos de la gente seguían siendo de paredes de tapial pintadas de blanco con cal viva, con sus techos de tejas y algunos balcones para “reparar” las cosas que pasan afuera, las calles seguían afirmadas con ripio y con su acequia al centro, para que por allí discurra el agua de las lluvias, la Pampa del Pachamanco estaba con la hierba amarillenta y cortada casi al ras por los huachos que allí pastaban... en fin, parecía que por ese lugar no había pasado nada, ni siquiera el tiempo.

Sin embargo... ¡faltaba el sauco! ¡Ese árbol maravilloso había desaparecido de la faz de la tierra! Alguna persona inconsciente lo había talado. Sólo Dios sabrá por qué motivaciones o intereses, porque para leña no es el mejor, mucho menos para madera de muebles. Pero lo triste era que lo habían matado, lo habían hecho desaparecer de este mundo en el que se había convertido en un símbolo y una ilusión para mí. Mascullando mi pena y mi desencanto, comencé a desandar el camino. Sólo atiné a decir para mis adentros: “Te fuiste gran sauco de este mundo, pero... ¡jamás lo harás de mi imaginación y de mis recuerdos!

LA CARACHAMA LLORONA

Sabía que se llamaba Zunilde, porque así la llamaban todos los que la conocían, que no eran muchos, a decir verdad, porque se los podía contar con los dedos de la mano. Entre ellos estaba su amigo Pancho el shitari, la dorada Azucena, el bujurqui Nicolás, la mojarra Teodocia, el inshaco Catalino, el boquechico Milciades y, entre otros, Bertoldo el coto. Todos ellos eran muy amigos y vivían regodeándose en las correntadas que el río Marañón forma por las cercanías de Bagua.

Cuando el agua del río bajaba hasta casi desaparecer en los cascajales, Zunilde tenía que ir a buscar aguas más profundas en las que las atarrayas de los pescadores no la pudieran atrapar. Un día en que surcaba el río pegándose bien a las piedras de su cauce, pasó una canoa con motor “peque peque”, casi aplastándola. Con suerte logró escabullirse hasta una

pequeña poza de las cercanías, pero allí ocurrió que, de la canoa donde al parecer viajaban aquellos excursionistas del “peque peque”, se cayó un objeto de forma redonda y de color rosado por uno de sus lados. Al acercarse a ver de qué se trataba, ¡oh sorpresa!, al otro lado de la cara rosada del objeto había una que parecía de plata refulgente y que reflejaba la luz del sol como nunca antes había visto. Cuando trató de ver de qué se trataba, se llevó el más grande susto de su vida, porque allí mirándola fijamente, había algo que era monstruoso y que se parecía muchísimo a un ser antediluviano.

De un aletazo Zunilde hizo que el objeto circular se volteara y entonces la imagen de la cosa esa monstruosa desapareció como por arte de magia. Pero como su curiosidad era mayor que el susto que experimentó, otra vez con su aleta dorsal volteó el objeto redondo y allí, de nuevo se encontró con aquel ser que la miraba fijamente, con sus ojitos esféricos del color de la noche, casi enterrados en un caparazón que parecía de piedra muy áspera.

Asustada buscó a sus amigos, pero no los encontró por ningún lado. Seguramente que todos ellos huirían —sabe Dios a dónde— al sentir la presencia de la canoa con su tronador “peque peque”. En las canoas esas venían, casi siempre, dos a tres pescadores con dinamita que, especialmente en las pozas y en las correntadas, solían aventar esos petardos sujetos a un chungo alargado con ramillas de sauce llorón. Los tales petardos no eran otra cosa que media canilla de dinamita, con su respectivo fulminante y una mecha pequeñita, que

garantizaba que el explosivo reviente tan pronto el petardo llegaba al fondo del río.

Eso era atroz, porque todo ser viviente del río en un radio de diez metros a la redonda, más o menos, moría atrozmente con la hiel reventada y el espinazo quebrado en varios pedazos. Muchos de los peces muertos por la explosión flotaban panza arriba, en tanto a la mayoría, o bien se los llevaba la corriente río abajo para perderse para siempre en su inmensidad, o bien se hundían hasta el fondo de las pozas para no salir nunca de allí por sus propios medios, o para ser sacados por los pescadores que tenían que ir a buscarlos hasta el fondo de la poza buceando.

Hasta donde yo sepa —se decía así misma Zunilde— nadie escapaba de la explosión de una canilla de dinamita. El problema era que todos los habitantes del río, al escuchar caer al agua el petardo con la dinamita, nadaban raudos y como locos hasta el lugar para, supuestamente, dar cuenta a mordiscos lo que se suponía era un sabroso alimento, pero sólo encontraban la muerte.

Yo estuve sorda por mucho tiempo —continuó hablando para sí misma Zunilde— a consecuencia del ruido producido por la explosión, una vez en que a uno de los dinamiteros se le cayó el petardo de la mano cuando su canoa chocó en una piedra del cascajal. Ni modo para que se bajen a recogerla. Simplemente se alejaron todo lo que pudieron de allí y esperaron a que la dinamita estalle. Con suerte no hubo

mayores desgracias, sólo uno de ellos resultó con la cabeza rota, a consecuencia de una piedra del cascajal que le cayó encima y que la explosión hizo volar por los aires.

Interrumpiendo sus pensamientos, Zunilde surcó el río todo lo que pudo, llevando pegada a su boca el aparato ése en el cual ella veía reflejado a ese ente tan feo que la asustaba. Para ella fue fácil hacerlo, porque todos los de su especie tienen una boca circular aprovisionada especialmente para pegarse a las piedras como si fueran lapas de mar.

Cuando por fin llegó a un gran remanso del río, se sumergió hasta el fondo de una poza que había en el centro y allí se encontró con sus amigos: Bertoldo el Cotolo, Pancho el shitari, la dorada Azucena, el bujurqui Nicolás, la mojarra Teodocia, el inshaco Catalino y el boquechico Milciades. Tan pronto los vio, sintió que una gran alegría le embargaba todo el cuerpo, soltó el espejo para decirles “hola” y allí otra vez pudo ver a esa cosa fea que a ella le asustaba tanto.

— ¡Dios mío!, ¡Dios mío! —Gritó Zunilde asustada— aquí en este aparato que he traído, hay un ser que me asusta. Es tan feo, pero... tan feo, que me parece además de diferente a todos ustedes, una cosa completamente rara e inusual, nunca antes vista por estos predios. No sé de donde habrá salido la pobre cosa esa, pero con toda seguridad no es de estos rumbos, ni mucho menos parienta de alguno de nosotros.

Entonces se acercó a husmear Pancho el shitari y pudo ver, al igual que veía Zunilde, a un ser bastante feo y con bigotes negros que le miraba con sus ojitos brillantes. Cuando se acercó la dorada Azucena la visión cambió por la de un pez grande que brillaba desde la cara hasta su cola como el sol. Luego vinieron e hicieron lo mismo Bertoldo el Cotolo, el bujurqui Nicolás que se vio todo de azul, la mojarra Teodocia, el inshaco Catalino que se vió negrito y el boquechico Milciades, un poco muelón. Así, cada vez que alguien asomaba su cara frente al aparato aquel, cambiaba la visión. Hasta que apareció Zunilde para hacer lo propio y otra vez apareció allí la imagen de un ser que, en verdad era feo y, sobre eso, completamente diferente a las otras imágenes que allí habían aparecido.

Todos los amigos de Zunilde, después de mucho mirarse, asombrarse y complacerse con su imagen reflejada en el espejito, por fin cayeron en la cuenta de que las imágenes que allí aparecían eran las de ellos mismos. Pero Zunilde, al constatar esta horrible verdad, se puso a llorar amargamente y no hubo palabras ni caricias de sus amigos que pudieran consolarla.

— Pero Zunildita, si tu eres una carachama no veo por qué ese detalle te tiene que afectar tanto y de esa manera —le dijo Bertoldo el cotolo, que también era uno de esos peces feos pero sabrosos, que pueblan los pequeños y grandes ríos de la selva y sus cabeceras— lo que tienes que hacer es aceptarte tal y cómo eres, del mismo modo natural que lo hemos hecho todos nosotros —concluyó Bertoldo—.

— Bueno, tú eres bastante feíto con esos bigotazos y tu bocota revuelta —le contestó Zunilde— al igual que Pancho el shitari que resulta un poco raro, pero no me negarás que Nicolás el bujurqui con su color azul y Azucena la dorada que brilla como el sol, son unos peces hermosos.

— ¡Cierto! —Le dijo Bertoldo— pero así nos ha hecho Dios y debemos estar contentos por ser diferentes, además de darle gracias por este don que es la vida y que todos disfrutamos por igual. En tu caso, por ejemplo, esa coraza tuya es justamente lo que te protege de los depredadores — continuó diciéndole Bertoldo, para luego concluir con sabiduría— imagínate más bien un mundo en el que todos fuéramos igualitos, todos cortaditos por la misma tijera ¿Cómo sería eso? ¡Sería horrible! ¿No te parece, mi querida Zunilde?

Pero Zunilde no quedó convencida aunque sí tuvo que reconocer que su amigo Bertoldo el cotolo, tenía toda la razón del mundo. La belleza de la vida y del mundo que conocemos en general radica, justamente, en su grandiosa diversidad. Pero Zunilde era lloronaza... ¡qué se le iba a hacer!

Casi todos los “bogas” que viajan en sus balsas río abajo, desde las cabeceras navegables del Marañón hasta el puerto de Nauta, en su desembocadura en el caudaloso Amazonas, ya cerca del populoso Iquitos, cuentan que por las noches de luna llena, escuchan el llanto lastimero de miles de carachamas que, lánguidamente y sin consuelo, lloran por la desgracia de ser los peces de peor apariencia que existen por esas tierras.

Las carachamas que viven por las cabeceras del Marañón y de sus afluentes, con suerte, son ligeramente rubias, a diferencia de las que viven por las interminables cochas que forman los ríos amazónicos, selva abajo, que son, además, negras como la noche sin luna.

— La carachama puede ser fea y hasta re-fea de apariencia, pero es el pez más sabroso que existe en toda la Amazonía. Debajo de la coraza, que hay que quitar con cuidado y esmero, queda una carne blanca de un sabor excepcional. No hay nada más sabroso que un timbuche de carachama en el desayuno —dijo una vez mi abuela y yo, creo que es así. ¡Mi abuela nunca mintió! —.

EL CHULÍO DE MI ABUELO

Mi abuelo Gonzalo, que no era mi abuelo, pero al que quise como si verdaderamente lo fuera porque crecí junto a él —mi abuelo materno murió en Llatas, Huánuco, poco después de que mi madre naciera, y se llamó Dionisio, en tanto mi abuelo paterno murió en Lima el año 2002 y se llamó Hildebrando— trabajaba como chofer de los ómnibus de la Empresa Díaz y hacía viajes de Cajamarca a Trujillo, y viceversa, casi todos los días de la semana.

Mi padre me contaba que mi abuelo Gonzalo tenía un chulío que se llamaba Ramón. Los chulíos, hasta la fecha, son los ayudantes del chofer. Ramón era natural de Tarma, desde donde vino junto con él, debido a que allá también fue su ayudante, durante la época en que trabajó de chofer de unos minibuses de la Empresa González, que hacían servicio desde Tarma hasta Lima.

Según lo que decía mi padre, el trabajo de chulío era muy interesante porque los chulíos al igual que los choferes, paraban viajando de un lugar para otro sin parar. Su trabajo consistía en cargar el ómnibus con los equipajes de los pasajeros y con las encomiendas que la gente depositaba en la oficina de la empresa, sobre la canastilla que el ómnibus tenía acondicionado en el techo. Luego los cubrían con una lona a fin de que no se mojen con la lluvia y, finalmente, aseguraban bien la carga con una malla de sogas de cabuya.

Durante el viaje, el ómnibus recogía a los pasajeros que encontraban en el camino, siendo obligación del Chulío cobrarles el pasaje, para lo cual muchas de las veces les entregaban “boletos de ruta”, sobre la base de los cuales tenían que rendir cuenta al regresar a la oficina de la empresa en Cajamarca. Pero algunas veces el chulío, haciéndose el que se olvida, no entregaba los famosos boletos de ruta. A esos olvidos, la gente enterada de cómo funcionaba este asunto, le llamaba “cutra” y, claro, como en todo negocio, había días buenos y otros muchos malos para la cutra.

Ramón para esas cosas era bueno. Con su cara inocente e ingenua de “yo no fui”, sabía escabullir el control que los dueños de la empresa ponían, a veces mediante supervisores que podían estar esperando el ómnibus en cualquier parte del camino, o a veces con la ayuda de los administradores de las oficinas sucursales de la ruta. En ese tiempo no había los asaltos a los ómnibus del que ahora son víctimas constantes, tanto los pasajeros como los mismos vehículos.

Ramón era el que, después de lavar el carro a baldazo limpio con mi abuelo en el río Mashcón, llegaba a la casa de mi abuelita con las cosas que compraban con las cutras en el camino. Un costalillo de mangos o una bolsa de mameys o de paltas, cuando venían de la costa; un queso cuando venían de Bambamarca, chocolate en moldes de plato hondo de fierro enlozado y chorizos en varas, cuando venían de Celendín y, hasta limas o chalarinas cuando venían de Cajabamba.

Como solía ocurrir que, tanto mi abuelo como su chulío, acostumbraban llegar a la casa cuando la noche comenzaba a cerrarse, mi abuelita le invitaba a Ramón a quedarse en la casa para comer. En ese trance, llegar desde la sala hasta la cocina, era todo un ritual para Ramón.

— Ramón, por favor, acércate a la mesa que tu plato de comida ya está servido y se va a enfriar —le decía mi abuelita con su cordialidad de siempre—.

Entonces, Ramón se levantaba de la silla en el que estaba sentado en la sala y caminaba hasta la puerta, que comunicaba la sala con un pequeño pasadizo que había para llegar al comedor y la cocina. Allí se quedaba parado sin atar a dar un paso más. Como mi abuelita ya conocía ese detalle, nuevamente le llamaba casi a gritos:

— Ramón, por favor... ¡Acércate ya hijo a la mesa que tu plato de comida está servido y ya se está enfriando! —Le volvía a reiterar mi abuelita, aun cuando sabía de sobra que ni con eso iba a llegar a la mesa en una sola tanda—.

Ramón entonces recorría el pasadizo paso a paso, para quedarse otra vez mudo y plantado en el piso como un palto, unos cuantos metros antes de la cocina.

— Ramón, hombre de Dios, por favor ven y siéntate en la mesa. Tu plato de comida ya estará frío: ¡Qué barbaridad! —Le volvía a decir mi abuelita—.

A la tercera tanda, por lo menos, recién llegaba Ramón hasta la mesa, en la que se sentaba con una parsimonia digna de fotografía, para comer con la misma parsimonia la comida que le servían, seguramente que ya completamente fría.

— Este Ramoncito, si hace eso en los lugares del camino donde paran a almorzar, seguramente que no almorzará — comentaba mi abuela—.

— Ni creas Idita, como en el restaurante no hay quien le esté llamando a comer, se vuelve agilito —aclaraba mi abuelo con sorna— ¿No es cierto Ramoncito?

Y Ramón, por fin, comenzaba a comer, casi sin decir una palabra, con esa parsimonia suya que no se llegó a saber si lo hacía a propósito o porque ese era su modo natural de ser.

EL TALALÁN DE SAMANGAY

Cuentan que en lo que ahora son las Provincias de Hualgayoc, Chota y Cutervo, muchos siglos antes de ser convertida en una intendencia de Trujillo solamente como la “Provincia de Chota”, es decir en tiempos inmemoriales, todo aquel territorio estaba poblado por gentiles desde Bambamarca hasta Cutervo. La gente de ese entonces, cuando tenía que viajar de un sitio a otro por los motivos que tuviera, prefería hacerlo por los caminos que iban de travesía en travesía por las partes altas de la cordillera. Los antiguos nunca viajaban por las laderas ni mucho menos por los cauces de los ríos o las quebradas, porque sabían que esos caminos eran peligrosos.

Eran tiempos de lluvias torrenciales, de vientos huracanados y de truenos y relámpagos, que la mayoría de las veces duraban más de tres horas seguidas, después de las cuales venían los huaycos para arrasar las partes bajas y sepultar para siempre a

todo lo que estuviera por allí. Por eso, se dice que los antiguos viajaban por las cumbres, donde no había el peligro de ser enterrado vivo, aunque para viajar tuvieran que tener el cuidado de hacerlo de día y con sol, nunca de noche, pues los talalanes allí se tragaban para siempre a los que, por atrevidos e irrespetuosos, se aventuraran a pasar por allí durante la oscuridad de la noche.

Dicen que mucho antes de que los hombres hicieran esos caminos, no había talalanes. Todo era llanito y sin esos tragaderos sin fin. Pero que una noche de luna y de cielo estrellado, como esos que sólo suelen presentarse en Samangay en el mes de agosto, un padre junto con su mujer y sus dos hijas, tuvieron gran urgencia de viajar de Bambamarca a Chota. Cuando ya estaban caminando por una travesía que hasta ahora existe, después de pasar el abra de Samangay, vieron un enorme resplandor en el cielo y un ruido más fuerte que cualquier trueno que hubieran escuchado jamás.

Tanto les llegó a asustar ese “trueno” que, sin pensarlo dos veces, buscaron refugio metiéndose a unas cuevas que por allí estaban como un milagro y una bendición de Dios. Desde el fondo de las cuevas sintieron como caían del cielo grandes trozos de algo incandescente que se clavaban en la tierra como si ésta fuera de mantequilla. Al chocar con el suelo, que por esa zona no ha de ser de roca viva, producían un resplandor blanco un millón de veces más fuerte que la luz producida por un equipo de soldadura eléctrica y un temblor que hacía parecer a la tierra como si fuera un tembladeral en una ciénaga.

Como el resplandor de la luz los dejó completamente ciegos, de la forma que pudieron buscaron un sitio para dormir y allí se quedaron. Al cabo de un día y una noche, recién pudieron recobrar la visión y entonces salieron de la cueva en la que estuvieron guarnecidos y se fueron a explorar el lugar por donde escucharon que había caído, según ellos, una estrella del cielo. El enorme boquerón tenía más o menos un metro y medio de diámetro y todavía humeaba. Cuando uno de las hijas del hombre tiró una piedra al enorme agujero humeante, solo escucharon:

— Talalán... lán... lán... lán... —hasta que se perdió el sonido en una especie de hueco sin fondo—.

Muchos años después, se supo que un astrónomo estadounidense descubrió que, en esta parte de Sudamérica, cayeron una gran cantidad de aerolitos que eran parte de un asteroide más grande, el mismo que, al chocar con la atmósfera de la tierra se desintegró en mil pedazos que se desperdigaron por toda la Cordillera Norte de Los Andes Peruanos. En la mayoría de los casos traían tal potencia de caída y venían cargados de tal energía que, como si fueran proyectiles, se introdujeron en la tierra fundiéndola como si fuera un gran trozo de mantequilla.

Por eso no tienen fin y por eso la superficie interior de un talalán está labrada como si hubiera sido hecha con un rayo láser. La gente hasta ahora, por el ruido que hacen las cosas

que caen en su interior, las llama simplemente talalanes. Y allá por Chota, que es mi tierra... hay un montón. Dicen que, antiguamente, los montoneros, bandoleros comunes, pishtacos y toda clase de asaltantes de caminos de poncho cutulo y machete al cinto, tiraban allí a sus víctimas después de matarlas para robarles su dinero.

— Por eso, nunca se les ocurra pasar de noche por un talalán de Chota: mi tierra querida.

EL CAZADOR DE VENADOS

Del libro: "La Marcha del Shaplinco..."

Desde chiquito, Aldo Casselli había sido panzoncito y cegatón, pero; eso sí, su comportamiento nunca le acarreo un pleito, sinsabor o desplante, porque era tanto o más correcto y educado que una dama de rancia aristocracia. Como su familia de Italia había pasado a residir en la ciudad de San Francisco de Los Estados Unidos de Norte América, desde que recordaba, todas sus vacaciones las pasaba con ellos, en esa lejana tierra.

A sus padres les bastaba vender un par de vaquillonas para financiar sólo el pasaje de ida, porque el de regreso se lo obsequiaban, como si nada, sus tíos italianos radicados en gringolandia. Hasta donde se sabe, parece que no eran creyentes ni practicantes de la sentencia judía: *"cuando llega de*

visita un pariente a nuestra casa se tiene una gran alegría, pero cuando se va, esa alegría es doble”.

Por ese detalle de su vida, hablaba, entendía, escribía y, muchas veces, hasta pensaba en inglés, como si se tratara de su propia lengua materna: el “cajamarqués”. Sin embargo, como la lengua materna siempre es más fuerte que cualquier otro aprendizaje, solía soltar en sus conversaciones del modo más natural, términos como “pishguitar”, “ashuyturarse”, “chicasho” o “acushpinado”, junto con los diminutivos tan comunes y propios en esa forma peculiar de hablar el castellano por parte de los cajamarquinos.

También por esa misma circunstancia, cuando después de muchas idas y regresos de San Francisco se convirtió en joven, apenas a los dieciocho años y antes de tener libreta electoral, fue nombrado Profesor de Inglés en el prestigioso y centenario Colegio “San Ramón” de Cajamarca, dejándose constancia que alcanzar esa distinción era todo un logro para cualquier persona que se estimara. Profesores de “San Ramón”, en aquellos tiempos, eran los abogados de la Corte Superior, los ingenieros agrónomos de la sucursal local del Ministerio de Agricultura, los médicos del Hospital “Belén”, los pocos dentistas que había en la ciudad, los pintores y deportistas más renombrados y, obviamente, los profesores que habían estudiado para serlo en la Universidad de Trujillo o en la Universidad Mayor de San Marcos.

El Director del Colegio era nada menos que don Alfonso La Torre Barrantes, doctor en pedagogía y de una humanidad tan

grande y tan larga como un pasador de bota. Desde que arrancara a trabajar como profesor de inglés en “San Ramón”, Aldo Casselli se convirtió en un hombre responsable, honesto, respetuoso y, sobre todo, serio y honorable. Dejó de ser, por consiguiente, aquel joven inconsciente y descuidado de su persona que andaba por las invernas y cañadas de Huacraruco, cazando pishgos, huanchacos y putillas con su jebe, o comiendo las zarzadoras, los pushgays, los cansabocas, las chirimoyas y los poroporos que los rabopelados no habían dado cuenta todavía.

Ahora se había dedicado a leer novelas, revistas y otros libros con tal pasión, que sus lentes aumentaban de grosor cada año, pero que le valieron adquirir una cultura básica que le permitió alternar, con la soltura que le era característica, en las tertulias de los demás docentes del Colegio. Lo que era más valioso en él, era su costumbre de no decir nunca “okey” —convenga o no— como suele ocurrir en mucha gente que se conoce.

La casa hacienda de Huacraruco era el lugar donde Aldo leía, reflexionaba sobre la vida, observaba la naturaleza, filosofaba y especulaba, a veces sobre política y economía, pero jamás sobre el matrimonio.

De tanto estar en esas andanzas, se quedó medio solterón y algunos que lo conocían se preocupaban por esa circunstancia de su vida, pero; por tal cosa a él no le daba ni la tos. Una de esas tantas tardes, el Dionisio que a la postre era el capataz de la hacienda, se acercó a conversarle sobre la posibilidad de salir a cazar venados, aventura que, a pesar de su panza, sus

gruesos lentes y su poca costumbre de hacer caminatas, le pareció fascinante.

Eso sí, como tenía la convicción que en el arte y las mañas de cazar venados el Dionisio era un experto, estaba seguro que ese día de cacería por lo menos se traerían uno. Pero lamentablemente para Aldo, la madrugada del día en que acordaron ir de cacería, al pobre Dionisio se le aflojaron al unísono, el retén y el trompito, y el caño estuvo abierto si parar hasta casi media mañana, según mandó decir con un propio, por haberse zampado más de la cuenta y sin asentarlo con su cañacito, unos riquísimos chicharrones que su mujer le preparó del “amor nuevo” del chanchito que beneficiaron la tarde anterior.

Al irse Aldo a la casa del Dionisio, para averiguar de propia fuente el motivo del increíble entuerto, porque sabía que al Dionisio no le caía mal nada de este mundo, lo encontró tomando a pasto agua de membrillo. Ya se le había quilado la chorrera, pero según dijo, sus piernas estaban todavía shaclacas y el orificio escaldado, por lo que consideraba más que razonable no poder salir de cacería. Pero, a vista y paciencia del chancho causante de sus males, que estaba colgado de una viga, el mismo Dionisio le dio esta salida.

— Descuide usted don Aldito —le dijo paternalmente— yo mismo le voy a aceitar la carabina y le voy a preparar un mapita con todos los puquios donde los venados van a tomar su agüita, al caer la tarde. Cuando están mojando su gorgüero, los venados no se fijan quien les está apuntando y ese es un

tiro seguro, no más tiene que cuidarse de que no le vean ni le olfateen desde un principio y, para eso, antes de que comience el sol a declinar, escóndase bien entre los zarzales y súbese el cuerpo y la ropa con hierba santa.

Dicho y hecho. El día pactado, con la carabina bien aceitada y la alforja con los demás insumos de la cacería al hombro, Aldo emprendió, sólo y por primera vez, la espeluznante aventura de ir a cazar un venado. Había cumplido al pié de la letra con todas las indicaciones del Dionisio y desde antes de las dos de la tarde se apostó en los zarzales como Dios manda, a esperar. Pero esperó y esperó hasta la hora de la oración y no vio nada. Triste, decepcionado y con su mala suerte auestas, emprendió la caminata de regreso a la casa hacienda de Huacraruco. Pero, ¡oh sorpresa!, al pasar por la casa de uno de los compadres de don Aldo “viejo”, o sea su padre, vio amarradito de la estaca de la vaca a un hermoso venadito y... sin mayores ejercicios de cognición, se le prendió el foco.

Sin pensarlo más, llamó a gritos a la dueña de la casa y le planteó la oferta de comprarle en trescientos soles el venadito. La comadre al escuchar semejante ofrecimiento, ni corta ni perezosa se fue a traer a su marido para cerrar el trato.

Luego de hacer entrega de la plata y ya como dueño del venadito, Aldo les explicó que tenía que matarlo con su carabina 22, a fin de quedar en buena situación ante el Dionisio y las demás personas que le habían visto salir de cacería. La cosa era no más determinar la distancia, de tal suerte de garantizar plenamente la verosimilitud del hecho.

Pero, evidentemente, esa era la parte más difícil del asunto. Como Aldo no era un experto tirador y encima era por demás cegatón, quiso hacer el disparo pegando el cañón del arma al pecho del animalito, pero la comadre argumentó que el pellejo se haría de pólvora y que así la cosa no sería creíble. De buena fe, más que de otra cosa, fue haciendo que Aldo retroceda y retroceda hasta más o menos diez pasos de distancia y, con la seguridad de que desde allí jamás fallaría, le dijo:

— Échele la bala desde aquí don Aldito. De juro, que es tiro seguro.

Bien mandado, Aldo apuntó el arma, la percutió con seguridad y... ¡pumm! disparó la poderosa 22. El estruendo se repartió en mil ecos por los alrededores cuando la noche casi vencía con su oscuridad los últimos estertores de la luz solar. Las vacas mugieron en forma lastimera en tanto las gallinas del corral cacarearon escandalosamente. Disipado el humo y entre claro y oscuro, vieron como el venadito se perdía como una exhalación, entre los zarzales del lindero de esa parte de la inverna.

Cuando se acercaron a verificar lo que había pasado, la comadre otra vez con la simplicidad ramplona de sus comentarios acostumbrados, sólo atinó a decir:

— Fíjese pué don Aldito, qué buena puntería había tenido usted. Eso de romper la soga de un balazo, con una carabina 22, no lo hace cualquier aprendiz de cazador... pero, ahora si pué... se fregó usted pué. Lo que es yo... ¡no le devuelvo los trescientos ni de raspas!...

UNA PARÁBOLA MÁS

Sería mediodía, porque el sol, a esa hora, caía a plomo sobre el polvoriento paraje. Las pocas plantas que todavía no se habían secado por completo, mustias de sed, languidecían a la vera del camino, literalmente tostándose al sol. Todo el panorama en derredor era desértico, con excepción del verdor que se divisaba en lontananza y que más bien parecía un espejismo. Hacia allí se dirigían fatigosos el Señor y sus apóstoles. Martha, la hermana de Lázaro, al que Jesús resucitara hacía poco, les había convidado a un almuerzo, en gratitud por todos los favores recibidos de parte de Él, hasta ese momento.

De pronto hasta los sensibles olfatos de los caminantes, no sólo llegaron las vaharadas de calor, con los aromas de la sequía y del verano que despedía la tierra sin cesar, en cada uno de sus insondables resuellos, sino que ésta vez, se trataba

de percepción nueva y diferente, que venía cargada de un olor nauseabundo, fétido, signado de muerte por sus cuatro costados. Sin embargo, era menester seguir caminando, porque el Señor, imperturbable y con los ojos serenos, fijos en el verdor del horizonte, seguía hollando con sus ya conocidas sandalias, los abrojos del camino.

Ya casi sin mayor sorpresa, ante la mirada impávida de los apóstoles y de conmiseración del Señor, apareció con la descarnada dureza de la realidad, el motivo de tanta incomodidad y desagrado. Era un perro, muerto desde hacía por lo menos cuatro días, en total estado de descomposición orgánica y con el cuerpo alguna vez vigoroso, a entera disposición de los carroñeros de la naturaleza.

Todos, menos el Señor, evitaron mirar aquel sórdido espectáculo y al pasar por su lado lo sortearon cubriéndose la nariz y los ojos con los dedos de una de sus manos.

Cuando creyeron que ya podían descubrirse y volver a respirar... ¡Oh sorpresa! El Señor se encontraba observando, con interés y atención divinas, los deshechos del perro. Y cuando, finalmente, acicateados por la curiosidad humana rodearon al Divino, pudieron verificar que en su infinita gracia, no existía el desagradable olor a la muerte que todos habían tratado de esquivar, ni tenía cabida ese rictus grotesco que resulta de observar la antítesis de la vida. En sus ojos, sólo había una gran paz y una inconmensurable ternura.

Su sorpresa, que hasta hoy no tiene fin, fue mayor aún cuando le escucharon decir con la sencillez que solo existe, entre nosotros, en la inocente y dulce ingenuidad de los niños:

— ¡Qué hermosos dientes!...

Los dientes del perro, en verdad, eran hermosos, porque en medio de la inmundicia que les rodeaba, resplandecían de una inmaculada blancura y perfección.

Sin embargo, fue todavía mucho tiempo después de que el Señor se marchara a la diestra de su Padre que los apóstoles, al rememorar el hecho una y otra vez, lograron por fin comprender lo que ÉL nos quiso enseñar:

“Si tenemos la firme actitud de aprehender de la realidad, dura ya de por sí, la hermosura de ese regalo que es la vida, aún en las cosas más penosas y más tristes de nuestra cotidiana existencia, podremos encontrar por lo menos un motivo de alegría y felicidad. Eso es, justamente, lo que enaltece al espíritu humano. Esforzarnos, por lo tanto, en ver lo que todos ven, es decir, sólo el pecado y los defectos, es degradar nuestra propia alma y labrar nuestro propio infierno”.

EL CAZADOR Y EL PUQUIAL

Del libro: "La Marcha del Shaplinco..."

En una de las tantas estribaciones de la Cordillera de los Andes, se halla ubicado el pueblo de Rumicucho. Por uno sus costados serpentea el río Pucayacu, casi siempre de color rojo por los sedimentos colorados, que arrastra en su camino al mar, desde los cerros y laderas de la parte alta. Los terrenos del valle se enriquecen con ese limo en cada creciente del río, razón por la cual, en vez de agotarse, cada vez se vuelven tanto, o más fecundos que el año anterior.

Como en todos los pueblos de la Sierra, Rumicucho tiene una estación lluviosa que comienza en octubre y termina en abril y, otra de estío el resto del año. En la estación de las lluvias, todos los cerros que se levantan enhiestos a ambos lados del pueblo, se tiñen primero de verde y luego de mil colores, para después volverse amarillos y pardos, conforme la lluvia se va raleando y el clima se va volviendo cada vez más seco.

En la época de los verdes intensos pero de muchas tonalidades, los venados bajan de las jalquillas a regodearse con los jugosos brinzales que durante las humedades del invierno nacen, para retornar a sus querencias brillando de gordos, conforme los amarillos cambian paulatinamente a marrones. Las aguas de los puquiales, y la de los manantiales y quebradas que nacen de ellos, también realizan similar éxodo. Abundantes y turbias en la época de lluvias, se tornan escasas, pero cristalinas, durante el estío y, a veces, sólo se las puede encontrar en contados lugares que sólo son conocidos por los venados y... por sus cazadores.

Por esta singular circunstancia en Rumicucho vivía, un taimado cazador de venados. Todos los años con su carabina calibre 22, mandaba a feliz vida a no menos de setenta de estos apetecidos rumiantes, sin importarle que sean machos, hembras o preñadas. A la vuelta de siete años, por esa su mala costumbre, los venados comenzaron a escasear y algunos de cían que, definitivamente habían desaparecido de esa faz de la tierra.

Sin embargo, como conocía todos los puquiales a donde iban a dar para saciar su sed, bien entrada la tarde, él los aguaitaba y... ¡pummm! cazaba uno y volvía con el pobre animal medio envuelto a su cuello como si fuera una chalina, renegando porque al menor descuido se le resbalaban y caían al suelo, como si estuvieran llenos de ese material que usan los cirujanos estéticos para completarles los senos y las caderas a algunas mujeres.

Don Ernesto López Chiclote, director de la escuela de Rumicucho, ante tan lamentable actitud del Melquiades: —que así se llamaba este cazador de venados— la de cazar venados en forma depredatoria, siempre que podía le aconsejaba que se tenía que utilizar los recursos naturales en forma sostenible.

Cuando socarronamente el Melquiades le interrumpía para preguntarle qué significaba eso, don Ernesto le explicaba que aquello consistía en la necesidad de pensar que, las generaciones del futuro sólo nos habían prestado los actuales recursos y que se tendría que devolverles sin o aumentados, por lo menos conservados en la misma cantidad y calidad, a fin de que ellos también puedan tener, por ejemplo en el caso de los venados, el mismo derecho que tenemos ahora nosotros de poder cazarlos y comerlos. Lo triste era que el Melquiades, como a mucha gente de ahora, esas cosas le entraban por una oreja y le salían por la otra.

Cuando, hasta para el mismo Melqui ya no hubieron venados, se le ocurrió salir a buscarlos en donde estuvieran, porque según él, tenían que estar en algún lado. Limpió y aceitó su carabina y después de embolsicarse unas diez balas venaderas, marchó rumbo a las partes altas de la cordillera sin llevar agua ni provisiones, confiando en que siempre encontraría un puquio para saciar su sed y alguna fruta silvestre para matar el hambre. Pero, para su mala suerte, ese día no encontró ni un venado, ni un puquial, ni nada para comer, a pesar de que caminó y caminó como un descocado.

Cuando la oscuridad de la noche comenzó a cerrarse, entre claro y oscuro, terco como siempre había sido, el Melqui hizo su último intento. Dio la vuelta a una colina y se adentró en una cañada donde sabía que siempre había un puquio y donde los venados seguramente irían a beber en la noche. Pero, al parecer por la oscuridad, el cansancio, la sed y el hambre, se perdió como un niño y no supo, finalmente, por donde andaba.

Hasta que llegó a un puquial de cristalinas aguas. Allí sació su sed, se lavó la cara y se remojó la cabeza. A esa hora, ya todo estaba oscuro y casi no se podía ver a un metro de distancia. Sin embargo, considerándose amplio conocedor de esos predios y tratando de darse valor se dijo para sí que, aunque sea de memoria o arrastrándose, regresaría a su casa, pero; como no era un fulano de buenos sentimientos, en su deseo mezquino de jugar una broma pesada a algún otro cazador o caminante, antes de iniciar su retorno se meó y se zurró en el puquio.

Más cansado que nunca y después de deambular, por muchas horas sin rumbo conocido, nuevamente llegó hasta un puquial. Como la sed otra vez había convertido a su garganta en suela, ayudándose con el cuenco de sus manos tomó agua hasta casi reventar, diciéndose que por lo menos de sed no moriría. Luego, tratando de sonreír para no ponerle mala cara a la adversidad, buscó un pullo de hierbas y allí se echó a dormir como un lirón.

Tan pronto como amaneció y con la claridad del nuevo día, reconoció el lugar y se orientó para volver a su casa. Sólo para lavarse la cara y mojarse la cabeza como era su costumbre, además de cerciorarse no sabía de qué, se acercó al puquial. Pero grande y triste fue su sorpresa al comprobar que, el puquio del que había tomado tanta agua la noche anterior, era el mismo en el que él, para variar, se había meado y zurrado... los “marineros” todavía se hallaban flotando por allí, como mudos testigos de su irrespetuosa y aberrante actitud frente a la madre naturaleza.

NUEVE PUNTOS DE SUTURA PARA... ARAMO

Aramo Rodríguez fue alumno de mi padre en la escuela de Monte Grande, donde trabajó un poco más de cinco años... bien jalados. A decir de los cajamarquinos, cuando lo conoció a su llegada al pueblo para trabajar como maestro, Aramo por su aspecto habría sido ni más ni menos que un “huañulingo”, pero; lo que le faltaba en corpulencia y fortaleza física, lo compensaba de sobra con su agilidad corporal y mental, su enorme capacidad para anticiparse a los acontecimientos y, sobre todo, con su gran vivacidad y aquella habilidad sui géneris para “estar en todas”.

De ojos del color de las cachaminas del río Jequetepeque, donde se mimetizaban tan bien los camarones, para tratar de esconderse de sus depredadores: los pescadores de río del pueblo y de todos los pueblos de sus riveras, Aramo era de piel

blanca pero renegrada por el sol —que nunca faltaba en ninguna época del año allí en ese pueblo— y de cabello trinchado e indomable, tirando para castaño claro. Por lo general, solía vestirse con un pantalón de dril y un polo de manga corta, aunque hiciera frío por la mañana, porque sabía muy bien que a partir de las diez, el sol iba a calentar y quemar el pellejo como en la playa de Pacasmayo.

Para mi padre, conocer a los cuarenta y ocho alumnos que le asignaron a su llegada a la escuela, fue una experiencia inolvidable. Eran cuarenta y ocho diablitos a los que tenía que manejar y disciplinar como le habían enseñado en la Escuela Normal de Cajamarca. Inquietos por su naturaleza y por maduración —todos frisaban los siete y ocho años— apenas sabían leer y escribir, cosa que había logrado con mucho esfuerzo la profesora Irma Sánchez cuando los tuvo en transición y eran sesenta y cinco diablos completos.

Sin embargo, durante todo el mes de abril y parte del mes de mayo, mi padre los niveló a todos y los dejó listos y parejos para seguir con él en los grados superiores. Cuando ya estuvieron en tercer año —lo que equivale al cuarto grado de ahora— los alumnos de mi padre cantaban en un coro como pajaritos, actuaban en pequeños dramas escolares en el teatrín de la escuela para el día de la madre y fiestas patrias, recitaban poemas, participaban en monólogos, leían noticias por las mañanas en la formación de inicio de clases, cultivaban hortalizas en las pequeñas parcelas que acondicionaron en el patio de tierra de la escuela, regaban los eucaliptos de la

placita del pueblo, en fin... eran unos niños espléndidos y por demás carismáticos.

Pero Aramo se sentaba con Marina Cosamalón en la misma carpeta bipsersonal, lo que equivale a decir que eran compañeros de carpeta, ni más ni menos. Y... ¡ahí está la cosa! Marina era una niña de temperamento suave y dócil aunque autónoma, además de sosegada, tranquila y reflexiva para hacer sus tareas, pero; sobre todo, tanto o más inteligente que Aramo, lo que significaba en la vida cotidiana una competencia no explícita pero real y objetiva, por ser el uno mejor que el otro, especialmente a la hora de obtener la mejor nota en las evaluaciones escritas y en las prácticas, que mi padre acostumbraba calificar y devolverles oportunamente, junto con las correcciones del caso.

Como Aramo por su temperamento movido y extrovertido era lo opuesto a Marina, en eso de resolver problemas y ejecutar operaciones matemáticas, casi siempre resultaba con uno o dos puntos menos, lo que ella se encargaba siempre de dejar bien establecido mediante la utilización de diversas estrategias. Ocurrió que en uno de esos exámenes Aramo obtuvo mayor calificación, cosa que no era frecuente o común, ni mucho menos con lo que Marina estuviera conforme.

Como Marina acostumbraba restregar su mayor nota en la cara de Aramo, cuando mi padre se volteaba para escribir en la pizarra y dejaba libres a su alumnos de su vigilancia, esta vez Aramo quiso devolverle la broma, lo cual hizo... pero con tan

mala suerte... porque ella, en un arranque de conducta que jamás había demostrado tener, cogió la regla graduada de madera provista en uno de sus bordes con un filamento de metal, y le propino tal reglazo en la cabeza que, éste, en un santiamén, se llenó de sangre que le brotaba a borbotones de la herida, la misma que, como una boca, aparecía abierta mostrando, al parecer, el hueso nacarado del cráneo de Aramo, con el consiguiente susto que produjo entre todos.

Mi padre entonces, que manejaba muchas de las técnicas de primeros auxilios, sin perder tiempo en averiguar cómo había ocurrido el hecho, comenzó por ejercer presión con su pañuelo —que siempre tenía muy limpio— sobre la herida, hasta parar la hemorragia. Luego, con el mismo niño ejerciendo presión sobre su herida, se trasladó en su motoneta Lambretta llevando al herido hasta la posta médica de Tembladera, en donde el doctor Moisés Carrasco, su amigo, le puso sin más ni más, nueve puntos de sutura.

Una vez adquiridas en la farmacia las pastillas de sulfametazona que el médico le recetara a Aramo, indicándole que las tomara con bastante agua, mi padre regresó a la escuela junto con su alumno, bien vendado de la cabeza. Fue entonces que Marina, al ver de ese modo a su compañerito, se puso a llorar con un sentimiento de culpa que todos comprendimos y que fue motivo, por parte de mi padre, para hacer las averiguaciones del caso y hacer reflexionar a sus alumnos sobre las consecuencias de hacer algo sin meditar un momento siquiera en las consecuencias.

EL “CHUPO” DE VENANCIO

En la escuela de Monte Grande en la que mi padre se inició como maestro de primaria, trabajaban seis maestros más. En ese entonces, al ocurrir la conversión de las instituciones educativas al sistema de coeducación decretado por el Ministerio de Educación, la escuela de mujeres que funcionaba con dos maestras y cuya directora era la Sra. Irma Sánchez, se fusionó con la escuela de varones que, a su vez, tenía cuatro plazas docentes y cuyo director era don Ernesto Alva, a quien los alumnos y la gente del lugar se refería simplemente como “Alva Che”.

Hacían ya tres años que mi padre se desempeñaba en esa escuela como profesor, junto con una docente natural de Trujillo, uno de San Pedro de Lloc y otro de Pacasmayo. Todos ellos eran titulados al igual que mi padre. Los únicos que por aquella época no tenían título pedagógico, eran los que antes

de la fusión de las dos escuelas, habían estado desempeñándose como sus directores, posiblemente porque los docentes titulados en la época en que los nombraron eran escasos.

El director de la escuela venía todos los días a Monte Grande desde Tembladera, lugar donde siempre había vivido y donde hasta esa fecha radicaba. Allí en Tembladera, don Ernesto tenía una librería que abría sólo por las noches, en razón de lo cual los tembladerinos la conocían con el nombre de “librería nocturna”. La Sra. Irma, por su parte, era natural de Monte Grande, donde había nacido, donde había vivido siempre y donde vivía hasta esa fecha. Los profesores de la costa, en cambio, venían a trabajar a la escuela desde su terruño el lunes por la mañana y se regresaban el viernes, a partir de las cinco de la tarde, hora en que concluían en la escuela las labores de la semana.

Mi padre, en cambio, vivía en Cajamarca. Cuando podía, viajaba hacia allí, igualmente los viernes a partir de las cinco de la tarde y, cuando no, hacía ese viaje el sábado por la mañana. En realidad, desplazarse a Pacasmayo o la costa en general, demoraba tan sólo una hora, ya que se hacía la travesía por pista de asfalto, en cambio irse a Cajamarca le significaba a mi padre más de cuatro horas de viaje, ya que la carretera en ese tiempo estaba asfaltada sólo hasta Tembladera.

De la ciudad de Cajamarca mi padre regresaba a Monte Grande el domingo por la noche, aprovechando el servicio

nocturno de pasajeros que la Empresa Díaz tenía a Trujillo. El carro iniciaba el viaje a Trujillo a las ocho de la noche y llegaba a Monte Grande a eso de la una de la madrugada. Por este hecho particular, nunca llegó tarde a su escuela los lunes por la mañana, lo que no ocurría con los profesores que vivían en Trujillo, San Pedro de Lloc o Pacasmayo, que llegaban a sus labores por lo general una vez pasadas las diez de la mañana a pesar de que las clases comenzaban a las nueve.

Desde las nueve de la mañana hasta las diez, las aulas de los profesores que venían desde la costa se encontraban sin profesor a cargo. Los profesores que siempre estaban en la escuela: don Ernesto, la Sra. Irma y mi padre, tenían que vérselas para controlar por lo menos la disciplina de los alumnos en sus salones, los mismos que al percibir la ausencia de sus maestros, se convertían en diablos sueltos y comenzaban a hacer no sólo bullicio sino hasta adefesios y disparates, de los que, por lo general, solían arrepentirse sólo a la hora de ser castigados.

En uno de esos días, en los que mi padre tenía que cuidar a los alumnos de cuarto año, además de sus alumnos de tercero — en esa época no habían seis “grados” en la primaria como ahora, sino cinco “años” además de un año de “transición”— tuvo que salir corriendo de su salón para ir a ver qué es lo que estaba pasando en el salón de cuarto. Los alumnos aquellos eran más trejos, grandes y desarrollados que los de ahora, que son todos unos verdaderos huañulingos y, en cuarto año había alumnos que ya comenzaban a hacerse “púberes” y alumnas que también ya comenzaban a hacerse “señoritas”.

En el pueblo hacía calor casi todo el año y, seguramente por esa razón o por alguna otra causa desconocida, los alumnos despertaban a la sexualidad aparentemente temprano. Cuando mi padre entró al salón de cuarto año encontró al alumno Venancio literalmente montado sobre la alumna María Isabel, a la que cuatro alumnos tenían acostada de cúbito dorsal sobre el tablero de la carpeta bipersonal de la época, cada uno de ellos sujetándole de una de sus extremidades para que no se moviera ni se pudiera escapar. Venancio a su vez se encontraba de cubito ventral sobre ella, en una postura que según su confusa información sobre el particular, sería la que los adultos empleaban para reproducirse sexualmente.

Al ser sorprendidos los alumnos por mi padre en tamaño trance, María Isabel se puso a llorar al tiempo que se acomodaba la falda que le habían subido hasta la cintura los ayudantes de Venancio. Éste a su vez, se deshizo en mil disculpas y solicitudes de perdón, con la finalidad de evitar el castigo que sabía que, de todas maneras, iba a recibir. Sus cuatro ayudantes, cada uno por su parte, se pusieron a su lado en similares posturas suplicatorias, poniendo la cara de “yo no fui”.

Mi padre entonces, haciendo gala de una calma que hasta él desconocía, les dijo:

— Y ahora pues señores alumnos, por estar haciendo tan tremendo adefesio: ¿qué es lo que se merecen?

Los cinco alumnos implicados en la falta, como si se hubieran puesto de acuerdo previamente, le respondieron:

— Castíguenos profesorcito, pero no le vaya a decir nada a nuestros padres, porque de lo contrario... ellos si llegan a enterarse de esto, nos van a matar. Es algo malo lo que hemos estado queriendo hacer, lo sabemos muy bien... así que... preferimos que usted nos castigue profesor, por favor... por favor...

— Y según ustedes: ¿cuál sería el castigo que se merecerían? —Les preguntó mi padre, sin perder para nada su desconocida serenidad—.

— ¡Cinco varillazos profesor —volvieron a decirle todos los alumnos al unísono—.

— Pero yo no los voy a castigar. La que lo va a hacer es María Isabel. Ella es la agraviada. ¿Les parece justa esta decisión?

— ¡Si profesor!

— Entonces que se ejecute la sanción, sin más ni más —sentenció mi padre, para luego preguntar— ¿Por quién vas comenzar María Isabel?

— Por Venancio pues profesor. Él es quien me ha querido ultrajar, y eso no le voy a perdonar nunca —le contestó la alumna vejada, con cierta serenidad pero con la sed de

venganza dibujada en todo su rostro y en especial en sus ojos negros—.

— Pero no me des los varillazos en la nalga, dámelos en la mano, por favor —suplicó Venancio, mostrándole su mano derecha, curtida por el trabajo de trasplantar arroz que ya hacía a la perfección, a María Isabel, la misma que con una determinación más parecida a la venganza que nunca antes se le había visto, se alistaba para propinarle los varillazos de castigo—.

— ¿Por qué pues? —Le contestó María Isabel con la convicción de quien tiene la razón—. ¡Te voy a dar los varillazos en el potto, para que aprendas a respetar a las mujeres, más todavía si se trata de tus compañeras de la escuela! —le aclaró—.

En ese momento, como todos los alumnos del tercer año de mi padre se encontraban de espectadores en las ventanas del salón de cuarto año, comenzaron a gritar en coro:

— Que le zurren la maja en el potto profesor.

— Como ya te darás cuenta, tienes que recibir los varillazos en el potto, Venancio. No queda otra alternativa — aclaró mi padre, convencido de que tenía respaldo suficiente para aplicar la pena—.

Entonces Venancio, con el dolor de su alma, se colocó en escuadra para recibir los varillazos en donde temía, con tan mala suerte que al primer pencazo, se le reventó un enorme chupo que tenía en la nalga y su pantalón se llenó de sangre viva. María Isabel ante tal espectáculo se quedó inmóvil y sin saber qué hacer, hecho que aprovechó Venancio para salir corriendo como un loco del salón y llorando a más no poder, para irse a refugiarse a su casa y a tratar de mitigar el horrible dolor que presumiblemente sentía en ese momento.

La madre de Venancio, al ver llegar su hijo todo ensangrentado por esa parte de su cuerpo, se llevó tremendo susto, como es natural, y después de averiguar a medias que la causa había sido un castigo propinado por mi padre en la escuela, llena de justa indignación cogió un palo de escoba que por allí encontró y se fue hecha una furia, hasta donde encontraría al causante de la herida en el poto que ahora tenía su Venancio.

Por eso, cuando llegó a la escuela, lo hizo soltando todos los improperios, insultos e infundios que pudo encontrar en su universo vocabular, que es de imaginar que no era muy grande, porque las mismas cosas las repetía sin cesar, además de amenazar a mi padre con hacerle lo mismo con el palo de la escoba que traía consigo, además de denunciarlo ante la policía y el juez de paz de Tembladera, para que lo metan a la cárcel. Era obvio que la madre de Venancio imaginaba que alguna cosa abyecta le había ocurrido a su hijo, y no que se le había reventado sólo un chupo que ella nunca supo, hasta después de ese momento, que su hijo tenía a punto de reventar en una de sus nalgas.

Al percatarse María Isabel de que mi padre, su defensor, estaba siendo atacado de mala manera por la madre de Venancio, se fue corriendo a su casa y después de informar a su familia lo que estaba ocurriendo en la escuela, se vino con toda ella para defenderlo, armados hasta los dientes con todo lo que creyeron sería útil para el caso. Por eso, cuando llegaron a la escuela se armó el más grande de los barullos que se conociera en el pueblo. Por un lado la madre de Venancio que amagaba con dar de palos a mi padre, y por el otro lado, los familiares de la agraviada María Isabel que amagaban igualmente con sus palos, piedras y hasta binzas de toro.

Después de varios minutos que duró la trifulca, mi padre a petición de ambos bandos explicó lo que había sucedido. Como no hizo referencia al famoso chupo de Venancio, uno de sus compañeros aclaró con lujo de detalles esta situación, indicando que por eso no quiso recibir los varillazos en el pote, con lo que la madre de Venancio se serenó y pidió disculpas, tanto a mi padre como a los padres de María Isabel, para concluir diciendo:

— Voy a esperar que este cholito aprendiz de violador de mi hijo se cure del chupo de su culo, y va a saber lo que es bueno. Yo misma le voy sacar sangre de donde más le duela. Pero por Dios, discúlpeme mi comportamiento. Yo creí que a mi hijo varón le había pasado algo muy malo, al verle todo ensangrentado de esa parte de su cuerpo.

— Que va señora. Y por si acaso, yo no he castigado a su hijo. Fue María Isabel la que lo hizo. Y eso, también a petición de ellos mismos y por ser la agraviada, claro está...

— Ya no me diga más nada profesor, por favor. Se me cae la cara de vergüenza, por Dios... Discúlpeme, por favor, discúlpeme... —y se fue a su casa, apoyándose en su palo de escoba como si fuera un cayado, a rumiar su pesar y la forma en que abordaría el problema con su hijo—.

EL GATO MELINDOROSO

Mi padre, tan pronto llegó a Monte Grande, lugar en el cual trabajó como profesor de escuela por más de cinco años, alquiló para que viviéramos una casa grande de techo de calamina y varias habitaciones que, por su parte posterior, colindaba con un cequión de agua del que se abastecía todo el pueblo y que era captado del río Jequepeteque, desde un lugar al que llamaban “La Huaca”.

Este cequión cruzaba de largo a largo al pueblo. Para que pueda atravesar los rieles del ferrocarril que se iba hasta las minas de Paredones —un poco más allá de Chilete— desde donde regresaba cargado hasta rebalsar de sacos de mineral que depositaba en el puerto de Pacasmayo, los constructores de la línea férrea hicieron un sifón, que era el lugar desde donde la gente del pueblo recogía su agua en latas y baldes,

que cargaban sobre sus hombros con la ayuda de un travesaño de madera del que pendían, por ambos extremos colgando de un gancho de alambre, los recipientes del agua.

La casa era de paredes de adobe con techo de calamina — como todas las casas del pueblo— pero, esa en particular tenía, cuando la alquiló mi padre para que viviéramos allí, una gran planta de papaya que se había cansado no se sabe de qué, por lo que había adoptado libremente la postura de reclinarsse suavemente sobre el techo de la casa para reposar sobre él, su valiosa carga de muchas de esas frutas. Tan pronto se maduraban, mi papá las recogía y mi mamá nos hacía un sabroso jugo que tomábamos, por lo general, después de almorzar.

Según lo que nos contó igualmente mi padre, como el inmueble estuvo desocupado por mucho tiempo, debido a que su dueño, un arrocero que se llamaba Jorge Ortiz se fue a vivir a Trujillo con toda su familia, en las noches y a veces durante el día, por todos sus ambientes pululaban los ratones y los pericotes, que entraban a ella por sus ventanas, las mismas que, debido al calor que reinaba casi todo el año en esa parte de la región, carecían de vidrios.

Cuando mi padre le contó de esta circunstancia a la señora Marujita, en donde él recibía pensión junto con los otros profesores de la escuela, ella le dijo que la única solución era que tuviera allí un gato:

— Ah dio maestro, para esa clase de plagas, hasta donde yo sé, lo único efectivo es un gato. Así que le conviene tener uno lo más pronto que le sea posible —le aseveró doña Marujita con mucha seguridad—.

— Y dónde me consigo el dichoso gato pues señora Marujita —le contestó mi padre—.

— Ah dio maestro, ese no es problema. Fíjese que usted es un hombre con suerte. Mi gata ha parido cuatro gatitos. Ya están en edad de ser desmamantados. Así que... si usted quiere, ahorita mismo escoja el que más le guste y se lo lleva de una vez.

— Y la comida para el gato, ¿de dónde la voy a sacar? — Le replicó mi padre, un tanto preocupado por ese detalle—.

— Ese no es problema maestro. Todos los días le lleva usted las sobritas de lo que ustedes los profesores dejan en los platos. Yo misma se lo acomodo en un platito que no ha de faltar por allí y se lo envuelvo en una hojita de papel de cuaderno usada. ¡No faltaba más!

Así fue como mi papá recibió de manos de la señora Marujita un gatito, al que todavía no le habían puesto nombre. El felino era pequeñín todavía. No mudaba hasta esa fecha sus dientes de leche y, de estampa, podría decirse que “pasaba piolas”. Muy landoso para ser un gato chusco, tenía su pelambarrera plumiza en toda la parte superior de su cuerpo y, en su pecho y barriga, la misma pelambarrera, pero blanca como el alabastro y

tan sedosa como el terciopelo que, junto a una cola frondosa que enarbolaba mejor que nadie, lo hacían aparecer como un gato de fina y rancia estirpe. Y... como el animalito no tenía nombre todavía, mi padre lo llamó Micifuz.

Cuando mi progenitor regresaba a la casa a descansar después de almorzar en la pensión de la señora Marujita, le traía al gato su platito de comida de sobras de carne de pollo o de pescado, que el gatito comía más por cumplir que de hambre.

Era un gato melindroso y demasiado eticoso para comer o cashcar los huesos. Tan bien representaba ese ritual que más bien daba la impresión de no querer ensuciarse nunca los bigotes con el color del guiso, porque más es lo que se relamía y se limpiaba la boca con sus patitas delanteras de algodón, que lo que comía en realidad.

Sobre eso, estaba lleno de unas pulgas marrones gordas y pesadas. Tanto le chupaban la sangre que lo tenían más débil que enfermo en proceso de recuperación, por lo que, es de presumir, Micifuz no paraba de dormir y de roncar durante el día y, para variar, durante toda la noche. Era un gato dormilón. Cómo no hubo otra forma de librarlo de la plaga, mi padre lo bañó en la acequia con jabón “Camay”, luego de lo cual quiso secarlo al sol como si se tratara de un trapo. Eso le desagradó tanto como el baño, por lo que comenzó a sacudirse sin parar hasta que se quedó completamente libre de agua y... sobre todo, sin ninguna pulga.

Después de tres baños a eso de la una de la tarde, hora en la que en Monte Grande hacía más calor, Micifuz se acostumbró tanto a su baño diario que, cuando no lo bañaba mi papá, además de sobarse el lomo en sus pantalones, comenzaba a maullar lastimeramente con una voz rongocha y lúgubre. Libre de pulgas, el apetito le fue creciendo más rápido que el tamaño. A fin de que no protestara cuando le traía poca comida, mi padre acostumbraba comprarle una lata de atún, con la que se entretenía un día entero,

Micifuz era ya un gato grande, gordo y peludo como una mota, cuando mi madre llegó a Monte Grande procedente de Lima. Ella era esa clase de personas a las que no les gusta ver gatos ni en pintura, y peor todavía en vivo y en directo. Pero tan pronto llegó, la señora Marujita le puso al tanto de las razones por las que mi padre se hizo del gato:

— Ah dio señora Rosita, como el predio donde usted vive ha estado desocupada por mucho tiempo —le comenzó a contar— los ratones y los pericotes hacían fiesta por toda la casa. Una tarde en que volvió el maestro de la escuela, encontró en la sala a su gato que, con sus patitas, no dejaba que una viborita de coralillo se escape. Por donde habría entrado, sabe Dios lo sabe, pero allí estaba la culebrita. Como el maestro no encontró un palo para matarla, se sacó uno de sus zapatos y con eso la ultimó a tacazos.

— ¡Ay Dios mío! eso si no lo podré soportar. Mañana mismo me regreso a Lima o, por lo menos, me voy a Cajamarca a la casa de mi suegra. Fíjese usted que yo no puedo soportar ni siquiera a los gatos, que de menos será a los pericotes y... encima a las culebras.

— Ya no se preocupe usted por eso. El gatito del maestro ya acabó con todos ellos. Limpiando la casa, el gato no tiene igual, ya lo verá usted con sus propios ojos señora Rosita — concluyó doña Marujita, en tono premonitorio—.

Así fue como mi mamá tuvo que hacer de tripas corazón y, mal que le pese, acostumbrarse a tener un gato en la casa. Micifuz, que cuando pequeño era un gatito melindroso, de grande comía de todo. A pesar de que mi madre le compraba en el vagón de las diez de la mañana, un “pedazo de a sol”, de bonito o de tolo, él se las ingeniaba para pedirle a mi padre a la hora del desayuno su pedazo de palta, de plátano, de aceituna o queso, junto con medio pan. A la hora del almuerzo también comía lo que nosotros comíamos en la mesa. Y por la noche, como quien descansa, cazaba uno o dos pericotes que nunca se los comía, pero que tenía el cuidado de dejarlos donde, especialmente mi madre, pudiera darse cuenta de la eficiencia con que hacía su trabajo, después de jugar con ellos hasta cansarse, al gato y el ratón.

Micifuz se murió de viejo. Al pobre se le habían caído algunos dientes y comía con alguna dificultad. Cuándo eso ocurrió lo enterramos debajo de un gran algarrobo que había junto a la casa. Mi padre puso en su tumba una cruz de madera y mi

madre rezó una oración. Estoy seguro que él está descansando en el lugar donde Dios le haya destinado. Fue el más hermoso gato que tuvimos en la familia.

EL GALLO DARÍO

Sin saber por qué ni cómo, dos hombres comenzaron a calzarme sendas navajas en cada una de mis patas. En el ambiente del que muy pronto me encontré formando parte, había mucha bulla y un caos espantoso que después me enteré que era característico de esa clase de espectáculos. Allí hablaban a gritos... como si todos fueran sordos. Tuve la impresión que pronto se pondrían a pelear por cualquier cosa, pero luego caí en la cuenta que ese era su particular modo de comunicarse. Sus ánimos estaban alborotados, por decir lo menos. En cambio yo, que no sabía nada de nada, de todo aquello, porque era mi primera vez, estaba muy sereno y me pareció que hasta he de haber lucido parsimonioso, cuando comencé a mirarlos uno a uno con aquel desdén que es propio de los de mi estirpe.

— Oye Eulogio, mejor ponle las navajas largas —le dijo don Antonio a su hermano, tratando de aconsejarle lo que, según él, sería lo mejor para mí—.

— Que va... hombre. Este canijo pateo muy fuerte, pero me temo que con las navajas largas resultaría cortándose él mismo el pescuezo —le contestó, como si cortarse el cuello fuera algo natural—.

— No me parece. El galló con el que va a pelear es de menor alzada pero es de contextura más recia. Mejor le pones las navajas largas al Darío, para que despache a su contendor en los tres primeros revuelos. Yo sé lo que te digo Eulogio, hazme caso... —volvió a insistirle don Antonio a su hermano Eulogio, pero éste, como quien sabe más de estas cosas, sólo movió la cabeza negando y continuó asegurando con el esparadrapo las dos navajas cortas en mis patas—.

Antes de que me pongan las navajas, que no sabía para qué me iban a servir, me cotejaron con otro gallo. Un hombre versado en esta materia me levantó por el bajo vientre con su mano derecha. Luego hizo lo propio con el que después supe que sería mi contrincante. Finalmente, nos cogió de la misma forma a ambos, a mí con su mano derecha y al otro con la izquierda y semejando ser una balanza, nos sopesó al mismo tiempo, para luego decir con gran seguridad:

— El colorado pesa un poco más, pero el azul-pardo —dijo, refiriéndose a mí— tiene más alzada y con eso, la

diferencia de peso se compensa de sobra. Para el caso: ¡vale!... ¡Son cotejas, no hay nada qué hacer, que peleen no más! —Y lo dijo con tanto convencimiento que nadie se atrevió a protestar—.

Antes de que me diera cuenta, don Eulogio me cogió con sus dos manos por las alas, aprisionándolas contra mi cuerpo. Otro tanto hicieron con el colorado. Luego, ellos se pusieron uno frente al otro y comenzaron a hacer que nuestras cabezas chocaran entre sí. Eso, sin saber por qué, hizo que la ira invadiera mi cuerpo. Mis ojos comenzaron a ver sangre por donde mirara y las plumas de mi cuello se pusieron rígidas hasta formar un gran collar en su derredor.

En tal trance mi consciencia se nubló y lo único que anhelaba en ese momento, era arrancarle aunque sea uno de los ojos, a ese gallo colorado que de la nada se había convertido en mi enemigo mortal y, al que, al parecer, agarrado por ambas alas no me sería posible cortarle la cabeza de un solo guadañazo. Cuando por fin pude ver a mi contendor con cierta calma, resultaba inequívoco que él estaba experimentando lo mismo que yo, porque igual tenía las plumas del cuello encrespadas y los ojos votando chispas. En eso, sentí con gran alivio que me soltaban en el suelo de un coso circular de piso de arena. Caí parado muy cerca del colorado y sin que nos diéramos cuenta, los dos estuvimos frente a frente listos para pelear a muerte.

Las apuestas comenzaron a hacerse entre gritos y yo, junto con el colorado, a los que esa gente nos consideraba ni más ni

menos como gladiadores, comenzamos a agazaparnos uno frente al otro, girando como péndulos a nuestras cabezas, hasta que él me atacó con una patada voladora. Sentí sus navajas rozar mi pecho y presentí que de haberme atinado ahora la estaría pasando muy mal, por eso, tan pronto asentó sus dos patas en el suelo, sin dudarle un instante le clavé las mías, es decir, esas dos navajas cutas que don Eulogio había asegurado a mis patas con esparadrapos. Le asesté el golpe con tal fuerza y rudeza, que hasta ahora no puedo explicarme de dónde me salió tanta ira para hacerlo de ese modo. Pero su pecho era enorme y las navajas sólo le hicieron dos orificios de los que brotó la sangre como agua de uno de aquellos tantos manantiales en los que había saciado mi sed, cuando era libre en las huertas de mi amo, en San Luis de Jancos.

— No te dije Eulogio. Le acaba de clavar en el pecho las dos navajas. Si me hubieras hecho caso...

El colorado era más pesado que yo, eso lo llegué a saber en ese momento, porque cuando me lanzó una nueva patada voladora, esquivé la mortal embestida por puro instinto, pero él se cayó sobre mi cabeza casi dándose un volantín. Conocedor del peligro que eso suponía para mí, cuando se cayó al suelo de pié, yo aproveché nuevamente ese instante de vulnerabilidad y le clavé otra vez con todas mis fuerzas mis dos navajas en su pecho.

Sintió la pegada, pero levantó la cabeza y me dio un aletazo por las orejas. Eso me hizo trastabillar, pero me recuperé justo a tiempo para eludir los navajazos que esta vez pasaron

zumbando por mi frente y, otra vez cuando cayó al suelo de pié, le volví a clavar las mías en el pecho.

Hacer eso se volvió para mí una tarea fácil. Yo esquivaba su patada voladora y tan pronto él asentaba sus patas en la arena, aprovechaba para hundir en su pecho mis navajas. No sé cuántas veces lo hice, pero él no había cuando entierre el pico. Habría podido darle una patada en la cabeza, pero pensé que, dándole las puñaladas en el pecho, llegaría más pronto al corazón y allí acabaría todo.

Siempre le había escuchado a don Antonio, durante mi entrenamiento en Baños del Inca, que tenía una mala costumbre. En el supuesto de que vería mejor así a mi rival, yo bajaba la cabeza y la hacía oscilar como si fuera un péndulo. Las primeras veces, eso desconcertó a mi oponente, lo cual aprovechaba para patearle el pecho, pero en una de esas, con las pocas fuerzas que le quedaban, el colorado logró cortarme de un tajo uno de mis ojos. El dolor fue intenso pero, al igual que mi adversario que tenía el pecho convertido en un harnero, lo cual le impedía seguir ensayando sus patadas voladoras a mi cabeza, seguimos peleando aunque sin convicción de nada. Como ya no teníamos fuerzas para patear, era más el tiempo que nos la pasábamos haciendo amagues, y esto no le gustó a la gente, hasta que finalmente un hombre se metió al ruedo y declaró empate.

No había perdido la pelea, pero si uno de mis ojos. Cuando don Eulogio me revisó, no tenía una sola herida de navaja en el pecho, aunque sí muchos cortes en las alas y en otras partes

de mi cuerpo. El colorado no había logrado, ni una sola vez, clavarme sus navajas.

— Mira lo que has hecho Eulogio. El pobre Darío ha perdido un ojo y así ya no volverá a pelear. Acabo de ver el pecho del gallo colorado y está convertido en picadillo. Si le hubieras puesto las navajas largas, en el primer golpe no más hubiera dado cuenta del otro...

— Ya hombre, ya te oí. ¿Acaso crees que no he visto la pelea? Allí no más he lamentado esa decisión mía. Pero ahora ya no hay nada que hacer. Ya no vale llorar sobre la leche derramada —fue lo único que le respondió don Eulogio a su hermano Antonio, dando con ello por terminada cualquier otra recriminación. Claro, de no ser tan terco como era, hubiera escuchado el consejo y habría ganado la pelea—.

— Bueno, en eso si tienes toda la razón, hermano —le contestó don Antonio, luego aclaró— El Darío puede ser todavía un excelente padrillo. No vale la pena matarlo para comerlo como a los otros gallos perdedores.

— Es que él no ha perdido la pelea. Sólo no pudo lograr que entierre el pico su rival por las navajas cutas con las que le armé —sentenció don Eulogio para luego concluir— ¡pero será un gran padrillo, qué caray!

Darío fue un excelente papá de los nuevos gallos de pelea que don Antonio comenzó a criar en Baños del Inca, pero nunca

llegó a olvidarse del lugar donde él había nacido: San Luis de Jancos.

Tampoco se olvidó que siendo todavía un pollo maltón, fue uno de los obsequios más preciados que recibió Alfredo Izaguirre, la vez que viajó a esa tierra para verificar las condiciones requeridas para la creación del Colegio de Educación Secundaria de ese lugar. Sin embargo, fue su hijo Dennis el que, en un arranque de genialidad infantil, le puso el nombre de Darío: por Darío “El Grande”, el famoso guerrero persa de la antigüedad.

“MARGARITA”: LA LOMBRIZ DE TIERRA

Una vez en que llovió toda la noche y todo el día siguiente en la campiña de Cajamarca, Margarita se encontró en su camino con otro ser que, al primer vistazo, ella llegó a la conclusión de que era de su misma especie. Conversadora como ella sola, tan pronto lo vio, le preguntó con verdadera curiosidad:

— Y... tú, ¿por qué te has puesto tan colorada?

— No me he puesto colorada. Así soy de nacimiento —le contestó aquella, con cordialidad—.

— ¿Y de dónde eres, si se puede saber? Porque eres más pequeña que nosotras y, además, pareces cómo si estarías con erisipela —le replicó Margarita, picada por la curiosidad que la consumía—.

— Bueno —contestó la forastera— hasta dónde puedo saber, yo y todos mis congéneres y descendientes somos de

California, que es un territorio que está a orillas de un mar inmenso que es el Océano Pacífico y que es parte de un país muy grande que se llama Estados Unidos de Norte América.

— No te creo “Colorada”. Eso de que seas de tan lejos no me la paso. Para mí... que tú eres “Chugurana”, sin lugar a dudas. Tienes todo el aspecto. Y si no eres de Chugur, seguro que eres Shilica —le contestó Margarita, que suponía que la forastera le estaba queriendo tomar el pelo como a una cholita—
—.

— No amiga, me tienes que creer. Lo que te digo es la pura verdad. A diferencia de ustedes, que son de la especie “Lombricus Terrestris”, nosotras somos de una especie producida por los gringos en laboratorio, a la que se denomina “Eisenia Foétida”. Somos algo así como pollos de granja, a los que nos tienen que alimentar igual que a aquellos, porque no tenemos la costumbre de salir a vagar sin rumbo como hacen ustedes las lombrices nativas lo hacen por costumbre.

— En eso de que a nosotras no nos gusta estar en un solo lugar, te doy toda la razón. Pero eso de que nos llames “nativas” no me parece. En cualquier caso, ustedes también serían nativas de California, igual que nosotras lo somos de acá de Cajamarca.

— Claro que sí. A eso me refería, justamente, mi querida amiga. Pero en California también existen las lombrices de tierra, a las que se les llama así porque comen tierra. Nosotras en cambio comemos el excremento de algún heterótrofo o desechos orgánicos de toda clase, como hojas secas de los árboles, papel destinado para reciclaje, residuos de hortalizas, cáscaras de papas, viruta y otras cosas parecidas. Comemos

tierra cuando no tenemos otra cosa que comer y eso se nos hace muy dificultoso.

— Nada que ver. Los de mi especie, en cambio, no acostumbramos comer esas cosas que tú dices que comes. Nosotras comemos tierra. Ese es nuestro alimento principal. También podemos comer celulosa y residuos de cocina, pero sólo como algo especial.

— Eso es lo que nos diferencia, precisamente, amiga. Después somos igualitas en todo, sólo que más pequeñas que ustedes. —Dicho eso se marchó a toda velocidad aprovechando que la tierra estaba muy húmeda, a donde estaba lo que para ella era su casa: una gran cama de lombricultura en la que producían humus de lombriz para cultivar plántones forestales y que, por lo que parecía, pertenecía al Ministerio de Agricultura—.

Margarita la vio partir rauda por el túnel por el que ella había venido. Luego, se puso a meditar sobre lo que acababa de conversar con ella. Esta forastera sí que tenía razón en todo — se dijo para sí— pero para lo que casi nunca encontraba respuesta, era acerca de por qué, el Supremo Hacedor de todas las cosas, las había hecho a todas ellas... —nativas o californianas— ¡sin un solo huesito!, es decir, invertebradas. Cuando Margarita le preguntó eso a su madre, ella le dijo muy segura de lo que le estaba diciéndole:

— ¡Ay!... hija de mi alma. Aprende a valorar lo que eres y lo que posees. Nunca envidies lo que otros tienen. Así es Dios. A unos les da quijadas y barbas y... a otros, ni quijada ni barbas. Pero en eso radica hijito, justamente, la diversidad. Y en el hecho de que somos muy diversos, se asienta nuestra mejor heredad y nuestra capacidad de sobrevivencia.

Ese día, Margarita no entendió a cabalidad lo que su madre le quiso decir. Tampoco entendió eso de la “diversidad” ni mucho menos eso de la “heredad” y por mucho tiempo, siguió siendo chino para ella, eso de “las quijadas y las barbas”. Ahora, en cambio, todo le parecía muy claro. *“No poseo esqueleto óseo pero tengo seis pares de riñones y cinco corazones. Soy de las pocas especies de seres vivos del planeta a los que, si les cortan por la mitad, aquella mitad que corresponde a la parte donde está la cabeza y alguno de los corazones y riñones, no sólo puede seguir viviendo, sino que lo más asombroso de todo es que le vuelve a crecer la parte que ha perdido por regeneración”* —se dijo para sí Margarita, la lombriz de tierra, como quien deambula por el suelo mojado y blando que la lluvia le había dejado como regalo—.

A los que nunca he llegado a entender es —siguió pensando en voz alta Margarita— a los humanos. Tienen un cerebro enorme y poderoso compuesto por más de doce mil millones de neuronas, a diferencia de nosotras las lombrices que sólo poseemos unas cuantas neuronitas y nuestro cerebro es tan pequeño como el de una cabecita de alfiler. Pero ellos... ¡Ay dios mío!, sin ponerse a pensar en ese tesoro invaluable que poseen, lo envenenan bebiendo alcohol, que es una sustancia tóxica que mata justamente sus neuronas; fumando cigarrillos de tabaco o de marihuana que intoxican su sangre y sus pulmones, y lo que es peor que todo, sorbiendo por la nariz o inyectándose en las venas, drogas como la cocaína y la heroína que les atrofia el sistema nervioso.

Qué triste es ver eso, porque ningún otro animal de la tierra, hace voluntariamente algo que atente contra su vida, a pesar de que tienen cerebros con menos funciones mentales y que no

están equipados desde el nacimiento con las capacidades que el cerebro del hombre tiene.

Para no seguir reflexionando sobre las cosas que hace la humanidad en su contra y acerca de las que no debería hacer jamás, prefirió trabajar día y noche cavando en los terrenos de cultivo, túneles interminables por donde discurra el agua de lluvia y circule el aire, y siguió dejando por allí y por allá sus cocones, para que de allí nazcan, las nuevas lombricitas que, desde que eclosionen, comiencen a trabajar incansables al igual que ella. Pero sobre todo —pensó— nosotras las lombrices hacemos mucho bien porque dejamos esparcida por donde andamos, el vivificante humus con las que las plantas se nutren y crecen más lindas que nunca. En ese momento encontró en su camino una gran explanada y al verla, se arrebató un poco y se imaginó que daba un discurso:

— Lo que no entiendo —comenzó a discursar Margarita para un público imaginario e inexistente— son los motivos por los cuales, mucha gente nos tiene temor, asco y lo que es peor, hasta repugnancia. Cuando nos ven o nos encuentran en la tierra de sus macetas, por ejemplo, inmediatamente nos hacen picadillo. Dicen que nos comemos las raíces de sus plantas. ¿Cómo podríamos hacerlo si no tenemos un solo diente? Una señora incluso, en cierta oportunidad, —dijo Margarita refiriéndose a ella en particular— hasta pretendió sancocharme con el agua hirviendo de una tetera, pero yo, con suerte, me enterré en el suelo hasta las profundidades de la maceta y logré salvarme momentáneamente, hasta que ocurrió que me arrojó a su jardín junto con la tierra de la maceta cuando su plantita se volvió mustia y allí si me salvé de todo eso en forma definitiva.

Lamentablemente, así piensa mucha gente de nosotras, porque desconocen la gran labor que desempeñamos en favor de la vida en general y de las plantas en particular —pensó concluir, pero luego continuó discursando—:

— Por si no lo saben, el humus de lombriz es nuestro excremento, pero a diferencia de los otros excrementos de los animales y del hombre mismo que contienen gases tóxicos como el metano y el butano, el nuestro es un abono natural rico en nitrógeno y en muchos otros oligoelementos necesarios para que las plantas se desarrollen fuertes, sanas y muy verdes. Y lo más importante de todo, nuestro humus no es contaminante ni acaba con los millones de seres vivos microscópicos que viven en los suelos agrícolas que no han sido fertilizados con productos químicos como la urea —concluyó Margarita, la lombriz de tierra, para luego desaparecer por uno de los incontables túneles que tenía construidos en esa parte de Cajamarca que ella consideraba “su pueblo natal”—.

LA CUY CLEMENTINA

Nos contaba mi padre que, por la época en que cursaba el tercer año de media en San Ramón, acompañó a su tío Elías Horna a revisar e inventariar las cosas que junto con un molino de granos, le habían entregado como pago de una deuda pendiente, allá en el jirón Romero, que quedaba por las cercanías de la Iglesia de La Recoleta, en Cajamarca.

Ese día era sábado y desde las tres de la tarde hasta más o menos las siete de la noche, estuvieron chequeando y anotando todas las cosas que venían en pago junto con el molino. Mi papá anotaba y su tío Elías le dictaba lo que tenía que registrar en el papel. Terminada la tarea, a mi padre le dio su tío Elías una propina de cinco soles, consistente en un billete de color verde al que la gente solía denominarlos simplemente con el apelativo de “lorito”.

— ¡Ahh caramba! muchacho, acerca de lo que irás a hacer con tu jornalito, no tengo idea. Pero... finalmente eso no importa, porque te lo has ganado honradamente con tu trabajo y puedes hacer con la plata que acabo de pagarte lo que tú quieras —le dijo su tío, con mucha formalidad—.

— La verdad tío Elías, pienso darle este dinerito a mi mamá. Ella, con toda seguridad, sabrá qué hacer con él mejor que yo —le contestó con la sinceridad propia de su edad, mi papá—.

— Caramba muchacho, tú sí que sabes pensar bien —le replicó su tío Elías— pero, como me estás demostrando ser generoso con tu madre, haz lo que tienes pensado, pero; ¡yo te voy a dar cinco soles más para ti!... para que lo gastes en las cosas que los muchachos saben hacer muy bien —dicho esto, sacó de su billetera otro “lorito”, lo dobló por dos y luego lo introdujo, él mismo, en el bolsillo de la camisa de mi padre, recalcando con este ademán, que ese billete era ya para él y para nadie más—.

Mi padre agradeció el gesto de su tío y con una sonrisa de oreja a oreja de alegría, le ayudó a cerrar las puertas del molino. Luego, bajaron juntos hasta lo que en esa fecha era la avenida “Toribio Casanova”. Cuando cruzaron esta avenida para acercarse a la vereda que daba al costado del atrio de la Iglesia de La Recoleta, para enrumbar sus pasos por la avenida El Maestro y de allí al jirón El Inca donde ambos vivían, un camión proveniente de San Marcos se estacionó frente a ellos y de él

bajaron varios pasajeros por la reja posterior del vehículo, junto con sus bultos y otros bártulos, para luego, con su carga a cuestas, irse hacia sus casas.

La noche había completado su tarea de teñir de negro todo lo visible, y los focos del alumbrado público de la Empresa Santolalla, brillaban mortecinos como si fueran berenjenas colgando de los postes. En eso, por alguno de los intersticios de la reja posterior del camión que comenzó a marchar lentamente rumbo al jirón Amalia Puga, se cayó un cuy de mediano tamaño y de color oscuro, de esos que se conocen como de tipo uno. Al chocar en su caída con el suelo dio un pequeño grito y más asustado que adolorido, comenzó a correr avenida Casanova abajo, rumbo a la plazuela que en ese tiempo era Del Obelisco.

Ni corto ni perezoso, mi padre comenzó a perseguirlo, dándole alcance después de muchos intentos por cogerlo de donde fuera, frente a la puerta principal del Colegio San Ramón. El cuy al ser apresado comenzó a gritar como si le estuvieran ahorcando, finalmente, al darse cuenta que ya no le iban a soltar se tranquilizó, justo cuando mi padre llegaba hasta donde su tío Elías le estaba esperando. Al verlo cargado de un cuy, éste le dijo:

— Ahora si te sacaste la lotería, sobrino. Además de ganarte tu platita, acabas de hacerte dueño, nada más ni nada menos, que de un hermoso cuy ruco —lo de ganarse la platita era verdad, muy poca gente podía ganar en ese tiempo la

friolera de 10 morlacos, anotando cosas en un papelito sólo en una tarde de trabajo—.

Lo del cuy “ruco”, en cambio, no fue cierto, porque el ruco resultó siendo una cuysita que, encima, estaba preñadita. Cuando mi padre llegó a su casa, su madre se alegró muchísimo por la propina de los cinco soles que recibió de su hijo. Pero se preocupó más de la cuenta pensando cómo iba a hacer para criar a la cuysita. Finalmente, la soltaron en la cocina y le pusieron cáscaras de papa para que coma, lo cual hizo como si siempre hubiera vivido en ese lugar.

La cuysita se crió en la casa de la mamá de mi padre, o sea en la casa de mi abuela, como si ella fuera la dueña. Se paseaba por todos los rincones. Se dejaba cariñar de todos sin emitir ningún chillido. Pedía su parte a la hora de las comidas a cualquiera que estuviera al alcance de sus patitas y hasta comenzó a entender cuando todos la llamaron Clementina. Hasta que dio a luz dos hermosos cuysitos. Para esa fecha, de unas cajas de mangos le hicieron una especie de jaba en la que gustosa alumbró a sus hijitos.

Allí en la jaba de caja de mango crió a sus dos hijitos a los que daba de mamar responsablemente. Mi abuelita le traía todos los días un tercio de alfalfa de a real desde el mercado, pero a Clementina le gustaba más que la alfalfa, comer arroz, comer guiso de carne de carnero, tomar sopa de chochoca y tomar café con molletes de doña Peregrina.

¡Sí!, Clementina era así de hogareña y, en el fondo, era también así de respetuosa, pero sus dos hijos resultaron unos verdaderos marrajos y hasta confanzudos. Les gustaba pasar la noche en los dormitorios de los hijos de mi abuela, que les consentían todas sus mañoserías y malacrianzas. Al parecer, a su madre: Clementina, todas estas cosas le desagradaban muchísimo y las veces que podía, les clavaba los incisivos en las ancas, y les daba tremendos contrasuelazos que, a todos, nos partía el corazón.

Uno de esos días mi abuelita resultó llegando del mercado con un cuy ruco color café, de piel sedosa y brillante. De inmediato se encariñó con Clementina, a la que comenzó a tratarla como si siempre la hubiera conocido. A los que castigaba con dureza, era a los hijos de ésta. Para evitar las tundas que el ruco propinaba a los cuysitos, mi abuelita mando hacer una jaba donde “El Namorino”, un carpintero que hacía guitarras y que tenía su taller una cuadra más abajo de nuestra casa, camino a la cruz del molle.

La jaba nos pareció grande y mi abuelita la acondicionó en el corral que teníamos en el traspatio de la casa. Armó sobre ella una especie de techito con paja de jalca, y allí acomodó a los cuatro cuyes que para esa fecha teníamos, separándolos en compartimentos para que no peleen. En menos que canta un gallo, ya no era suficiente traer para los cuyes una tercio de alfalfa de a real, sino cinco reales completos o sea seis tercios de alfalfa, incluyendo el vendaje respectivo.

Los dos primeros hijos de Clementina, siempre fueron los consentidos en la casa. Los hermanos menores de mi padre a la hora de las comidas los sacaban de sus jabas para convidarles los potajes que mi abuelita sabía preparar mejor que nadie. Uno de ellos resultó de pelaje blanco, en su totalidad, era bastante tranquilo y remilgado, pero el otro, de color negro chivillo, era un gran travieso y mejor jugueteón. Ambos eran unos verdaderos cuyes falderos. Clementina en cambio, se dedicó a atender a su esposo y a cuidar a sus nuevos hijitos, como sólo ella sabía hacerlo.

MI PERRO “GOLIAT”

Un día friolento y seco de julio, fui con mi maná a visitar la Feria de Fongal en Baños del Inca. Allí había de todo y no sólo toros, vacas, terneras y toretes, como podría suponerse, por tratarse de una feria ganadera que es organizada y ejecutada, desde hace muchos años, por la asociación de productores de ganado del valle de Cajamarca, más conocida solamente por las siglas de FONGAL.

Al deambular por los diferentes pasajes y tiendas de exposición, a los que se denominan “stands” en inglés, no me explico por qué razones, ya que existe la palabra “puesto” o “tienda” en nuestro idioma para decir lo mismo, tuve la oportunidad de ver toda clase de cosas, desde restaurantes, bares artesanía, animales menores, derivados lácteos, vicuñas, alpacas y otros camélidos sudamericanos, además, claro está,

de vacunos de todas las razas y tamaños, hasta mascotas para los niños.

Recuerdo que un año, mi prima Alexa llegó a la casa después de visitar la Feria de Fongal, con un conejito enano al que, de tanto quererlo y tenerlo abrazado como a un muñeco apachurrito, hizo que el pobre animalito se muriera de sofocación. Le volvieron a comprar otro conejito, porque ella se puso a llorar desconsoladamente, y también le volvió a pasar lo mismo, después de lo cual ya no le hicieron el gusto de comprarle otro conejito más.

Pero esta vez que yo estaba recorriendo la feria no encontré por ningún lado conejitos enanos, había sólo conejos de tamaño normal, eso sí, de diferentes razas y color de sus pelambres. Había unos conejos blancos con su nariz negra de raza “California” muy lindos y otros sólo blancos que no me parecieron tan bonitos, además de muchos más que sus letreros decían cuál era su raza. Entre ellos había unos conejos vivarachos que su letrero decía que eran de raza común o “Chinchilla”. Sabía que mi madre no me iba a comprar jamás un conejo por la triste experiencia que tuvo mi prima Alexa, así que no pedí nada al respecto; pero... tan pronto llegamos a una tienda donde había perritos, mis ojos quedaron presos de uno muy pequeñito pero de hermosa estampa y ojos un poco saltones. Al percatarse mi madre que mi vista se había quedado prendada del animalito, me dijo como quien dice algo sólo para que siguiéramos caminando, sin más ni más:

— ¿Te gusta ese perrito hijo? ¡Es un Chihuahua! Son propios de México, pero ahora los hay por todo el mundo.

— ¡Cómprame ese perrito, mamá! —le dije sin pensarlo dos veces— ¡Cómpramelo por lo que más quieras mamacita! —volví a insistir—.

— Señor, señor, disculpe usted... ¿Cuánto cuesta el perrito Chihuahua? —Le preguntó mi madre al dueño del puesto—. ¡Ojalá que no esté muy caro, porque se lo pienso comprar! —aclaró—.

— No está caro señora. El perrito le cuesta sesenta soles. Como usted ha dicho, es un chihuahua, y estos perritos cuestan así —le contestó el tendero—.

Al final de un regateo entre mi madre y el dueño de la tienda, éste se lo vendió en cincuenta soles. Ya con el perrito en mi poder, yo lo abracé como si temiera que se me vaya a escapar, tan fuerte seguramente lo hice que el perrito comenzó a protestar lastimeramente. Entonces mi madre me aclaró con bastante precisión y energía:

— Mira hijito, al perrito no lo aprietes tan fuerte, porque se te va a morir de sofocación igual que los conejitos que se le murieron a tu prima Alexita. La cosa no más que ahora estoy pensando y que me preocupa es sobre... ¡dónde lo vamos a tener! En el departamento, tu abuelita no va a querer ni oír de tener un perro, porque ella tendría que limpiar lo que ensucie el

animalito —habló mi madre, no sé si conmigo o con ella sola, pero yo le contesté de inmediato—.

— No te preocupes mamacita, yo voy a cuidar de mi perrito. Te prometo que voy a limpiar todo lo que él ensucie en la casa.

Así fue cómo me hice de esa responsabilidad. Mi abuelita aceptó que el perrito se quedara a vivir conmigo en el departamento y yo prometí cuidarlo y limpiar lo que él ensuciara. Sin embargo, esa tarea resultó muy difícil de asumir para mí, porque el perrito desordenaba y ensuciaba todo lo que podía en mi ausencia. Le gustaba masticar las pantimedias de mi abuela, las de mi mamá y las de mis tías Tania y Rossana, dejándolas inservibles. Con igual entusiasmo rompía cosas de la casa en sus locas carreras. También refundía los zapatos y se comía algunas partes de las suelas. Rompía las cortinas y los adornos de la mesa de centro... en fin, hacía mil travesuras además de identificarme a mí cómo su legítimo dueño cuando llegaba de la escuela, saludándome con unas lamidas de mi cara con carácter excepcional. Un día que llegué de la escuela, Goliat mi perro gigante Chihuahua, ya no me estuvo esperando. Lloré su ausencia, pero comprendí que un departamento no es un lugar apropiado para que viva un perrito tan libre como él demostró serlo, el poco tiempo que vivió en mi compañía.

EL RATON VERDE

¡No existen ratones verdes! Eso lo sabemos todos. Pero... en mi familia hay uno, al que le decimos así aunque, obviamente, no sea un ratón de verdad. Ahora es ingeniero civil y nadie mejor que él para diseñar y desarrollar estructuras de concreto armado en los terrenos del dominio de la Minera Yanacocha, en Cajamarca.

Cuando el “ratón” de este cuento cursaba el cuarto grado de primaria en la Escuela de Aplicación “San Marcelino Champagnat”, que en ese tiempo había llegado sólo a la beatificación, tuvo que hacer en el curso de Educación para el Trabajo un florero de “tululas”, a las que debía pintar de diferentes colores con anilinas.

Las “tululas” son las flores que en forma de penachos o colas de ardillas —de color beige cuando están tiernas y, blancas

como las espumas del “Mashcón”, cuando están maduras— crecen a montones en las orillas de este río cajacho, a partir desde donde se domina el paisaje y se enseñorea el Cerro Cajamarcorco hasta sus cabeceras más allá del cerro Quilish.

La planta de la que nace la flor de la “tulula” es una especie de gramalote grande, de apariencia muy parecida a las cañabravas que crecen en las riveras de los ríos costeños, como el Jequetepeque por ejemplo, sólo que mucho más pequeñas pero con las hojas lanceoladas, aunque sí con un tallo sin fuste leñoso como aquellas.

Para que el niño de este cuento pudiera cumplir con presentar a su profesor, el ramo de “tululas” pintadas con diferentes colores de anilinas, su padre tuvo que ir a recogerlas desde donde crecen: a orillas del río Mashcón en la parte que colinda con Samanacruz, comprar los tintes en polvo en las tiendas que las vendían en ese tiempo en pequeños sobrecitos etiquetados en Alemania y que, casi siempre, estuvieron ubicadas en la cuadra dos del jirón “El Batán”, comprendido entre los jirones Amazonas y José Sabogal.

La anilina había que mezclarla con agua hirviendo adicionándole un trozo de alumbre, para que haga las veces de mordiente, para lograr que la pintura se fije en los penachos de la “tulula”. Hubo que mezclar, por lo tanto, algunos colores básicos para obtener nuevos y más sofisticados colorines, porque de eso se trataba, y las últimas que quedaron para teñir fueron las de color verde esmeralda.

Las labores de teñir y poner a secar las “tululas” las había hecho el papá del “ratón” —que en ese momento todavía no era verde— con el debido cuidado para no ensuciarse las manos ni las otras partes del cuerpo, ni mucho menos la ropa, pero atento a todas estas cosas el pequeñín estaba que ya no se aguantaba las ganas de ayudar a su padre a realizar tales faenas.

Como éste no le consintiera, porque sabía de sobra que se iba a ensuciar hasta las orejas, el niño aprovechó que a su padre lo llamaron para contestar el teléfono y comenzó a trabajar tan duro como le fue posible para que, cuando aquél regresara, las “tululas” ya estuvieran pintadas completamente, con tan mala suerte que, por la prisa o por sabe Dios qué otras macanas propias de los niños de su edad, resultó pintado de verde de oreja a oreja.

Cuando su padre volvió de atender la llamada telefónica, tan pronto lo vio le dijo:

— Bueno pues “ratón” —mi papá llamaba a todos sus hijos cariñosamente de ese modo— de ahora en adelante, tú eres el “Ratón Verde”.

Desde allí para adelante, a aquel niño le llamaron de ese modo no sólo sus familiares, sino sus compañeros de estudios de la Universidad en la Facultad de Ingeniería Civil y hasta alguna de las enamoradas que llegó a tener en su vida de estudiante y su juventud.

EL EUCALIPTO SOLITARIO

Mi padre me contó que cuando él trabajaba en el Proyecto *“Escuela, Ecología y Comunidad Campesina”*, que el gobierno de Suiza financió acá en la sierra del Perú por más de diez años, para la preparación de una alternativa rural de educación ambiental, tuvo que visitar la “Shita”, un centro poblado del distrito de Jesús en la provincia de Cajamarca, al que se llega hasta ahora por una trocha carrozable muy estrecha y peligrosa.

En la Shita existe también hasta hoy, una escuelita primaria que cuenta con cerca de un centenar de niños y niñas que asisten allí a recibir sus clases desde lugares muy distantes, cuya travesía a veces se realiza mediante una hora de caminata. Los alumnos venían a la escuela trayendo su fiambre para el almuerzo, en una especie de morral al que ellos llaman

“capachera”, porque no era posible que regresaran a almorzar a sus casas por la distancia que tenían que recorrer, a pesar de que el horario de trabajo de los profesores allí era “corrido”.

Para llegar a la Shita se tiene que tomar una trocha carrozable que comienza en la Huaracclla, y de allí se sube la gradiente natural del cerro por una travesía que al comienzo está cercada de pencas azules y retamas, para luego convertirse en un sendero colorado sin vegetación, salvo algunos molles que crecen con la lluvia del secano, al igual que los cultivos de trigo y cebada de la zona.

Pasando un lugar que se llama “San Cristóbal”, donde también hay una escuelita, existen a la vera del camino algunas plantaciones de añosos y corpulentos eucaliptos que forman una especie de bosquetes. Pero de allí en adelante, sólo hay ichu, ese pasto natural nativo, duro y agreste, que soporta las inclemencias del clima y de la altura que son características de la sierra peruana.

Allí, en medio de ese silencio natural de la jalca que asusta a cualquiera y, junto a la inmensidad de esa travesía, crece enhiesto y solitario un hermoso árbol de eucalipto. Es el único árbol grande que allí existe y allí han hecho sus nidos infinidad de pajaritos, para protegerse de las inclemencias del clima.

El eucalipto para la gente de esos lugares es como su chanco, porque todo lo de él lo aprovechan, además de que es muy rendidor porque rebrota sin pereza ni remordimientos, todas las

veces que lo talan. Da muy buen carbón, en la sierra no puede ser picado por la polilla ni por cualquier otra plaga, sus hojas sirven como medicina para la tos y las enfermedades bronquiales, además de que son fáciles de encender cuando se quiere prender el fogón de la cocina.

En general, cuando se usa eucalipto como madera para muebles, dura tanto que puede servir de herencia de generación en generación. Los niños a este árbol lo llaman cariñosamente “eucalo”, al igual que lo hacen sus padres, y lo consideran lo mismo que a la retama y al capulí, propios de estos lugares. Desconocen, claro, que el eucalipto es nativo de Australia y que el capulí lo es de México, lo mismo que la retama.

A pesar de todas esas bondades del eucalipto, todos los especialistas que trabajaban con mi padre en el proyecto, sabían que es un árbol apto sólo para suelos en los cuales no es posible hacer agricultura ni agro forestería, porque según él decía, es muy exigente en agua. Un eucalipto es capaz de sorberse toda el agua a muchos metros a la redonda de donde está plantado, y a su sombra no crece ni siquiera el kikuyo que, para variar, también es del África.

Todo eso les dijo el profesor Segundo Quito, en el momento de dar su charla a los niños y a los padres de familia, pero nadie lo dio por cierto. Antes por el contrario, un joven licenciado del ejército pidió la palabra y dijo:

— Lo que usted nos ha dicho señor profesor, puede ser cierto. Pero para todos nosotros los que vivimos por estos rumbos, el eucalipto es nuestro mejor amigo y nuestro más fiel servidor. Fíjese usted por qué: *“es posible que mis padres, cuando se enamoraron, me hayan “hecho” debajo de un árbol de eucalipto, que son los únicos que existen por estos rumbos. Cuando nací, me recibieron en una cama de eucalipto y allí dormí hasta hacerme hombre. Para comer lo hacemos en una mesa de eucalipto, sentados sobre una banca de eucalipto. La comida se cocina con leña de eucalipto. Los travesaños del techo de mi casa son de varas de eucalipto. En la escuela, las carpetas son de eucalipto. Cuando me muera me van enterrar en un ataúd de tablas de eucalipto y sobre mi tumba, posiblemente, me pongan una cruz de madera de eucalipto... En fin señor profesor, la vida por acá gira en torno de nuestro querido “eucalo”. No hay nada que hacer. Así están las cosas.*

— Todo lo que usted ha manifestado es completamente cierto, mi querido amigo, y en eso estamos plenamente de acuerdo —retrucó el profesor Segundo— pero es preferible sembrar eucaliptos en aquellos terrenos en los que ya no se va sembrar nada más —volvió a recalcar—.

— Disculpe señor profesor —intervino un padre de familia— a nosotros no nos consta que el eucalo sea tragón de agua y que seque todo lo que está a su alrededor, aunque parece que no le gusta que el kikuyo ni nada crezca en su debajo, pero eso se lo perdonamos, porque a nosotros tampoco nos gusta mucho esa hierba; claro, allí si tiene toda la razón. Pero, si vamos a sembrar árboles y para eso tenemos que

hacer un vivero en la escuela con nuestros hijos, yo propongo que vayamos al “Eucalo Solitario” que ha crecido solito allá en la travesía y de allí obtengamos la semilla para el almacigado. Ese árbol, según como ha dicho usted, reúne todas las condiciones para ser el mejor “árbol madre” que puede existir por estos rumbos.

Y no hubo manera de convencer a esos pobladores de que además de “eucalos” podrían sembrar pinos, molles, nogales y otras especies de árboles, reservando para los eucaliptos los terrenos más duros y no aptos para otros cultivos. Por esa razón, ahora la Escuela de la Shita está rodeada de eucaliptos y todo el lindero del terreno que ella posee está lleno de hileras de eucaliptos. Seguramente que desde allí, en su soledad, el “Eucalipto Solitario” al otear el horizonte, se ha de sentir muy feliz al ver que de sus semillas, han nacido muchos árboles de eucaliptos más.

LA CHILALA SUICIDA

Hay una avecilla de hermoso cantar, pico negro como el ébano, alas y lomo de plumaje anaranjado, y pecho de plumas casi blancas semejando al nácar o al marfil. Acostumbra hacer su nido en las partes altas e inaccesibles de los árboles propios de los temples, con barro y paja, como si fuera un diestro albañil acostumbrado a construir casas de adobe. A esta avecilla, los habitantes de esos lugares la llaman “Chilala”.

Los nidos de la Chilala son ovoidales o esféricos y tienen una entrada circular que, a manera de puerta, es colocada a un costado del nido. Nunca esta puerta está arriba del nido ni debajo de él, y su forma y dimensiones están diseñadas a la perfección para que la chilala madre entre por ella y luego de darse la vuelta, quede mirando atentamente al exterior, con el objeto de cuidar a sus huevos o a sus polluelos, de los ataques

de los depredadores que, generalmente, son los tucos, los gavilanes o las águilas.

Cuando se trata de defender a sus polluelos, la Chilala se vuelve el ave más feroz que se conozca en esos rumbos. Ningún gavilán, águila, lechuza o shingo, puede cometer la equivocación de acercarse al nido de una Chilala, sin pagar las consecuencias de su osadía o su descuido, porque será presa de la furia de esta madre osada y valiente, cuando se trata de defender la vida de sus queridas crías.

Tan pronto siente la presencia de un depredador, alza un vuelo raudo y veloz con la que no pueden competir sus enemigos. Se coloca sobre la cabeza del ave que pretende invadir su territorio y con inusitada furia, comienza a darle feroces picotazos en la cabeza, tan dolorosos o tan contundentes que el ave depredadora no puede hacer otra cosa que tratar de huir profiriendo gemidos lastimeros. No se sabe con seguridad cuánto tiempo y hasta qué distancia persigue la Chilala a su enemigo, pero lo que sí se sabe es que ninguna de ellas vuelve por el nido de una de esas embravecidas madres, que al ver amenazada la vida de sus polluelos, se convierten en feroces atacantes del invasor.

En aquellos momentos en que no está peleando en defensa de sus hijos, la Chilala les busca alimento y, cuando los primeros rayos del sol hacen su aparición por el horizonte, su alegría y contento lo comunica cantando. El canto de la Chilala es hermoso y de una melodía rica en sonidos que acarician los oídos de los que la escuchan. Dice la gente, que la Chilala solo

tiene una pareja, con la que vive y convive desde que lo conoce hasta que se muere.

Como el canto de la Chilala es tan armonioso algunas personas han logrado capturarla viva y la han llevado hasta sus casas para ponerla en una jaula, como suelen hacer con los zorzales y los chiscos, que halagados por la abundancia de la comida que reciben, sin esforzarse en conseguirla por sus propios medios, se olvidan que están prisioneros y privados de su libertad, y cantan como si estuvieran libres allá en sus árboles.

La Chilala, en cambio, canta sólo una vez cuando está enjaulada y lo hace para hacer saber a sus captores, que se está suicidando. Siendo un ave tan libre y acostumbrada a vivir a sus anchas en la naturaleza, no soporta ni un día estar presa o dentro de unas rejas. Tan pronto es encerrada, se pone triste y pensativa como si estuviera reflexionando sobre su nueva situación. Al no comprender porque le han quitado su libertad, comienza a darle de picotazos a los barrotes hasta morir. Tan pronto presiente que su muerte ya está por llegar, canta, pero esta vez lúgubrementemente y muere, en su ley, sin darles el gusto a sus captores de quedarse a vivir en una jaula por más dorada que ésta sea.

La gente de los temples es muy respetuosa de esta manera de ser de la Chilala y jamás trata de capturarla para encerrarla en una jaula. Antes por el contrario, busca las formas de protegerla, al considerarla más bien su aliada. La chilala no permite jamás acercarse a ningún gavilán, águila o tuco, por

donde están las gallinas o los pollos de estos pobladores. Así, el territorio de ellas es una fortaleza inexpugnable para los depredadores y las aves domésticas viven más felices y seguras.

No sólo se defienden de otras aves. También son feroces con las serpientes que pretenden comerse sus huevos o sus polluelos, lo mismo que con los rabopelados o roedores dañinos. Hay mucha gente que cuenta que ha visto a la Chilala salir victoriosa de un combate con la sancarranca —víbora muy venenosa y agresiva— a la que picotea en la cabeza hasta quitarle la vida.

Por eso, ¡nunca trates de quitarle la libertad a una Chilala!... si no quieres matarla por suicidio.

MI ARBOL DE CAPULÍ

Según las coplas del carnaval de Cajamarca, que es una de sus fiestas que han logrado caracterizarla muy bien a nivel de todo el Perú, Namora es la tierra del capulí, porque allí, esta brillante, negrita y sabrosa fruta... se da por empuzadas. Las coplas también reseñan que Matara produce, igualmente, los alfajores más dulces de todo el valle cajamarquino y que en San Marcos, en cambio, se dan las naranjas.

Sin embargo, en Cajamarca hay tantos o más árboles de capulí que en Namora, sobre todo por Huacariz, donde acostumbraba ir a darme grandes empanzadas de esa fruta cuando era niño, en compañía de mi primo y compañero de andanzas: Alejandro Caro Aliaga, que era quien conocía como la palma de su mano todos esos territorios, especialmente, aquellos lugares medio escondidos donde podíamos ir a comer capulíes a discreción y sin preocupaciones.

Obviamente, nunca pedíamos permiso a sus dueños para hacer aquello, sólo nos asegurábamos de que no nos sorprendieran trepados a los árboles de capulí, en los que había que competir la comida con los indios pishgos, los zorzales y los huanchacos. El capulí es un árbol de madera compacta, dura, aguantadora y resistente hasta lo inimaginable, diferente al sauco, cuyas ramas son quebradizas y endebles pero que, en forma similar a aquel, produce unos racimos de frutas parecidas a las uvas iqueñas, con las que compite en sabor y dulzura, aunque con un gustito muy peculiar y característico .

Uno de esos días en que encontramos un árbol de capulí, gigantesco y descomunal, lo suficientemente alejado de la casa de sus dueños para que no se percaten de nuestra presencia, nos trepamos a él como verdaderos monos, pero cuando estuvimos encaramados en sus ramas, los perros nos olfatearon y vinieron corriendo hasta nosotros, profiriendo bulliciosos ladridos para alertar a sus amos que había intrusos en el capulí. Con suerte, nadie les hizo caso, presumiblemente porque estarían muy ocupados en sus quehaceres, por lo que nosotros sólo tuvimos que esperar un buen rato para que los perros se aburran y regresen a su casa, lo que aprovechamos para largarnos de allí y poner pies en polvorosa.

Otro día en cambio, fueron las abejas las que nos hicieron correr como alma que lleva el diablo. No nos dimos cuenta que en una de las ramas de un capulí cargado de fruta, habían hecho su panal un grupo de abejas disidentes que, junto con su nueva reina, habían huido de su panal de origen para

acompañarla hasta allí. Mi primo Alejandro sin darse cuenta, movió la rama donde estaba el nuevo panal y las abejas salieron de él dispuestas a acabar con los intrusos. Nos picaron las abejas en casi todas las partes descubiertas de ropa de nuestro cuerpo y nos llenaron de chichones, convirtiendo a nuestras caras y cabezas, ni más ni menos que como chirimoyas. Como consuelo de todo eso, Alejandro me dijo:

— No te preocupes Alfredo, la picadura de las abejas es un remedio eficaz para la artritis. Mi tía Carucha —su tía se llamaba Carolina— se cura la artritis haciendo que sus abejas le piquen en sus dedos, sus rodillas y hasta en sus codos. Dice que después le desaparece por un tiempo el dolor de sus articulaciones.

Pero ese sí que era un árbol de capulí pródigo y generoso. Se cargaba tanto de las rojinegras frutas que producía, que sus ramas se agachaban hasta el suelo, en ademán de recoger no sé qué cosa. Sobre esa particular característica de prodigalidad, estaba en un sitio que nadie se preocupaba de vigilar, por lo que allí en ese árbol estábamos a nuestras anchas. Casi nos sentíamos dueños de él. Con el tiempo, nos acostumbramos a convivir en paz con las abejas y ellas, como cuidábamos de no removerlas jamás, nos consideraron algo así como sus huéspedes y ronroneaban con sus alitas de celofán por nuestro alrededor y luego se iban a buscar su miel.

Los únicos que merodeaban por los alrededores y revoloteaban inquietos como diciéndonos: *“a qué hora se van para que sea*

nuestro turno”, eran no menos de tres zorzales brillantes de negrura, unos tres huanchacos de pechos colorados y no sé cuantos indios pishgos que se hacían los que no nos veían y se aventuraban a posarse en las ramas de nuestro capulí, para coger en sus piquitos alguno de sus frutos y luego salir volando otra vez para alejarse de nosotros y comer allí *“lo que nos acaban de robar”*.

Ése hermoso árbol de capulí ya no está más allí para brindarnos pródigamente sus frutos. Algún carnavalero lo compró a sus dueños para convertirlo en unsha. Igualmente han desaparecido de ese lugar, muchos otros árboles de capulí que, a ese paso, parece que se extinguirán para siempre en la campiña cajamarquina.

TOROCURO

Del libro: "La Marcha del Shaplinco..."

Un día de los tantos en que el SENAMHI suele equivocarse al pronosticar el tiempo, Torocuro salió en busca de alimento. Desde hacía varias semanas vivía en un agujero que, con su cacho frontal y sus pantas dentadas, había hecho a la sombra de unas pencas. El último trozo de bosta que tenía almacenado, se había acabado en el desayuno del día anterior y desde entonces no había comido nada. Lo que se llama ¡nada! Con su barriga tronando como aguacero de la madrugada del Viernes Santo, cada vez más ruidosamente, para sus adentros se dijo:

— Qué suerte la de algunos niños. En tanto yo no tengo ni un mendrugo de bosta para saciar esta hambre que me está matando, ellos tienen comida en abundancia y madres que les obligan —hasta con correa en mano— a comer esos deliciosos

manjares y, mientras los pobres lloramos por comer, ellos lloran por no comer... ¡Qué paradojas tiene la vida! En fin... que se va a hacer, así es la vida. Habrá que buscar comida no más.

Dicho esto, con descansado paso, comenzó a recorrer un viejo camino, por donde el agua de lluvia al discurrir libremente, había formado muchas cárcavas que, a simple vista para él, parecían no tener fondo. Allí otras veces había encontrado succulentos trozos de bosta o excremento de caballo, que llevaba en bolas haciéndolas rodar, hasta el agujero que tenía por casa.

Pero; ahora, ¿qué pasaría? No había nada. Sobre ese desencanto, de tanto subir y bajar las cárcavas del camino, Torocuro sentía cómo sus fuerzas comenzaban a abandonarle. Una vez más pudo comprobar con dolor, lo terrible que es trabajar de hambre. Cuando por fin llegó a una cárcava que parecía una barranca pensó que sería mejor alzar el vuelo y pasarla, raudo y veloz cómo siempre lo había hecho. Pero, débil y hambriento como estaba ahora, tuvo que aceptar que sus fuerzas no serían suficientes para tamaña proeza. Sin embargo, a pesar de todo, intentó volar pero, al hacerlo cayó de espaldas sobre sus dos alitas córneas en el borde de la cárcava y allí se quedó, indefenso, con sus patitas de serrucho para arriba, esperando que algún otro animal lo convierta en su almuerzo, porque los torocuros cuando se caen de espaldas, allí se quedan sin poder voltearse y mueren... irremediablemente.

— Ahora sí —se decía para sí mismo— vendrá un sapo y con su lengua pegajosa me introducirá hasta su boca y ¡saz!... me tragará. Puede ser también una culebra quien me coma. O quizás un huanchaco, un zorzal o un tucu, pero; ¡creo que de esta no me salvo! Muy bien sé que ningún torocuro que caiga de espaldas, vive para contarlo.

Para su suerte, el SENAMHI se equivocó al predecir que habría sol todo ese día, porque hubo sol solamente hasta las once de la mañana. Por la tarde comenzó a llover y un tenue aguacero —que más parecía una garúa un poco fuerte— cayó suavemente sobre el camino toda la noche. Si el sol no lo había matado esa mañana, muy pronto el gua lo ahogaría. Casi al medio día siguiente, es cuchó que un niño recorría el camino cantando este carnavalito cajamarquino:

*No quisiera ser venado
Pa' no morir amarrado*

Ya iba a pasar, distraído como estaba, pero al mirar las zarzas en flor y a los quindes haciendo zurzur con sus alitas de helicóptero, el brillo del caparazón de Torocuro le llamó la atención. Por un rato lo observó perplejo y sin saber qué hacer. Luego, con mucho cuidado, lo recogió del suelo y con sus finos dedos, lo dejó otra vez de pie, debajo de un frondoso capulí. Luego, contento consigo mismo por la satisfacción de haber hecho una buena acción, el niño se perdió por el camino cantando su carnavalito, con su vocecita cantarina de duende:

*San Pedro tuvo una china
San Sebastián le quitó
Si los santos quitan chinas
Que de menos seré yo*

A pesar de su gran alegría por haberse salvado de una muerte segura, Torocuro no pudo orientarse para regresar al agujero que tenía por casa. Anduvo alrededor del capulí y allí encontró bastantes frutos con los que sació su terrible hambre y, una vez recuperadas sus fuerzas, hizo otro agujero cerca de su árbol bienhechor y allí juntó bastante comida. De seguir así las cosas ya no moriría de hambre jamás. Pero, esa tarde, varios hombres que olían a chicha de jora cortaron el capulí y se lo llevaron... sabe Dios a dónde. Torocuro llegó a escuchar sin comprender, lo que esos hombres decían:

— Oye Fermín, este capulí está buenazo para nuestra unsha. Córtalo rápido y vamos, antes de que su dueño nos eche los perros y nos quiera cobrar por él. Dicen que ahora que están escasos, los árboles de capulí cuestan hasta doscientos soles.

Y se fueron con su olor a chicha de jora y sus coplas de carnaval. Torocuro un mes después, murió de hambre. Viejo como se encontraba, prefirió no dejar su agujero para salir a buscar comida y poco a poco se fue secando hasta consumirse por completo. Allí lo encontró un cushpín colorado, que lo convirtió después de muchos días en humus de lombriz, es decir, en alimento de las plantas silvestres que comenzaron a crecer al rededor del tocón seco del árbol de capulí que los

carnavaleros cortaron. Los capulíes, como el pino, no rebrotan. El pobre Torocuro murió sin comprender, por qué los hombres cortaban los capulíes sin sembrar otros que los reemplacen.

“La Casa de Mi Abuela”
(Versión en físico)
de Wilson Izquierdo González
se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de
Industria Gráfica
“San Judas Tadeo SAC”
RUC: 20543229769
en diciembre de 2011

